

Editorial

Estudios

La imagen del Presbítero en la “Pastores Dabo Vobis”

Mons. Carmelo Giaquinta

Testimonios

XXX Aniversario de la promulgación del Dec. Presbyterorum Ordinis del Concilio Vaticano II

Pbro. Horacio Alvarez

Estudios

Caridad pastoral y unidad de vida

Pbro. Lucio Gera

Documentos

Carta del Santo Padre a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1995

Juan Pablo II

Testimonio

El sacerdote y la mujer

Elena Araujo de Scasso

Teología

Los sacerdotes como esposos y padres

Pbro. Carlos María Galli

Espiritualidad

Lectio Divina

Pbro. Carlos Garcíarena

Experiencias

Párrocos solidarios

Pbros. Carlos Alberto Martín y Lucio Florio

Recensiones

Noticias

## EDITORIAL

---

Con este nuevo número de "Pastores" completamos el primer año de vida de nuestra revista. Con gran satisfacción, y mucha esperanza, vemos que al emprender este proyecto respondimos a una necesidad presente y sentida por muchos hermanos sacerdotes. Ante todo damos gracias a Dios que nos ha animado en este camino; pero es justo también agradecer a tantas personas que con su trabajo, su crítica, su ayuda económica, su suscripción y su aliento nos han ayudado a ir plasmando esto que -hasta hace poco más de un año- parecía un sueño irrealizable. Somos conscientes de lo mucho que todavía queda por hacer; lentamente, como la semilla del Reino, intentaremos crecer y mejorar para ofrecer este servicio de manera más adecuada.

El año que concluye ha sido de particular relevancia en lo que hace a la preocupación de la Iglesia por los sacerdotes. En el mes de febrero hubo una reunión organizada por el CELAM, con el auspicio de la Congregación del Clero, para evaluar la recepción y aplicación del "Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros" (ver Pastores N° 2, pág.33); a fines de octubre tuvo lugar en Roma un Simposio organizado por la misma Congregación, con motivo del trigésimo aniversario de la publicación del Decreto conciliar "Presbyterorum Ordinis". No se trata de hechos aislados o de simple conmemoraciones; más bien se trata de acontecimientos que, por una parte invitan al reconocimiento agradecido a Dios, y por otra revelan que el movimiento de renovación y fidelidad emprendido con el Concilio va dando frutos maduros para bien de todo el pueblo de Dios. De ello dan testimonio varios artículos publicados en este número. Mons. Carmelo J. Giaquinta, Arzobispo de Resistencia y Presidente de la CEMIN, presenta un estudio sobre la "Imagen del presbítero en la Pastores dabo vobis". El Pbro. Horacio Alvarez, miembro de nuestro equipo de redacción y participante del Simposio romano, nos ofrece un crónica del mismo. Mons. Lucio Gera reflexiona sobre uno de los ejes del documento conciliar: la caridad pastoral y el ejercicio cotidiano del ministerio. De esta forma queremos hacer nuestro sencillo aporte para destacar la trascendencia de un documento que ha marcado de manera contundente la comprensión de la vida y el ministerio de los presbíteros en las últimas décadas. Con "Pastores" queremos contribuir decididamente a afianzar este camino eclesial

El corriente año ha estado signado también por la celebración del Año Internacional de la Mujer, promovido por la Organización de las Naciones Unidas. El Papa se hizo eco de esta celebración de distintas formas. En lo que atañe a los sacerdotes, quiso dedicarle el tema en su tradicional Carta del Jueves Santo. Nos ha parecido oportuno publicar esa carta para releerla en el contexto de nuestra revista. Además, con relación al mismo tema, hemos incluido una reflexión sobre el sacerdote y la mujer, preparada por Elena Araujo de Scasso, esposa y madre de familia (una de sus hijas es religiosa). Nuestra propia experiencia y la de tantos hermanos sacerdotes nos confirman la necesidad de ahondar con madurez y realismo esta temática siempre actual. El Pbro. Carlos Galli, que también integra nuestro equipo de redacción, concluye su serie de artículos sobre el sacerdote y sus vínculos en la familia de Dios.

Publicamos además dos artículos que nos han hecho llegar, según lo que poníamos en el editorial del número anterior. El Pbro. Carlos Garcarena, de la diócesis de Azul, ha preparado una reflexión sobre la "Lectio Divina" y los Pbro. Carlos Alberto Martín y

Lucio Florio, de la Arquidiócesis de La Plata, comparten la experiencia de conducción solidaria de una comunidad parroquial. Como ya es costumbre incluimos también alguna recensión y noticias de interés para el clero.

El Emmanuel, Dios con nosotros, que celebramos en este tiempo navideño, nos ayude a caminar cada día con creciente convicción de la cercanía de Dios, que silenciosamente conduce la vida de los hombres y de los pueblos. A nosotros, sus ministros, nos ayude a hacerlo presente con gestos y palabras sencillas en su expresión y fecundas en su poder transformador.

## **LECTIO DIVINA - Oración bíblica por excelencia**

Pbro. Carlos Garcíaarena - Azul

---

### 1. Presentación del tema

De entre todas las preocupaciones de un formador en el seminario, tal vez una de ellas requiere particular atención y reflexión: el introducir a los candidatos al ministerio ordenado en la oración cristiana. Se podría afirmar sin temor alguno que uno de los principales fines del seminario es el educar al hombre de oración: «Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo» (Liturgia de las Horas, responsorio de las II Vísperas del común de Pastores).

¿Cómo educar en esta dimensión? No caben dudas acerca del magisterio de Jesús: Él será, por la efusión de su Espíritu, el Maestro de oración. El encuentro con Cristo es el presupuesto de toda pedagogía de oración. Y nada más inmediato que la Palabra y el sacramento Eucarístico.

Ahora bien: uno de los frutos del Espíritu para nuestro tiempo es la revalorización de la Palabra de Dios. Algunas pocas citas del Concilio Vaticano II bastan para recordar lo que ya hemos asimilado al respecto:

«A fin de que la mesa de la Palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia...» (S.C. 51).

«Está presente (Cristo Resucitado) en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla» (S.C. 7).

La misión del presbítero «es siempre no enseñar su propia sabiduría sino la Palabra de Dios...» (P.O. 4).

Los seminaristas «deben prepararse para el ministerio de la Palabra: para comprender cada vez mejor la Palabra de Dios, poseerla con la meditación y expresarla con la Palabra y la conducta» (O.T. 4).

Y el texto conciliar más denso al respecto expresa:

«Por eso todos los clérigos, especialmente los sacerdotes, diáconos y catequistas dedicados por oficio al ministerio de la Palabra, han de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse "predicadores vacíos de la Palabra, que no la escuchan por dentro" (S. Agustín: serm. 179,1; PL 38, 966). El Santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la "ciencia suprema de Jesucristo" (Flp 3,8), "pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo" (S. Jerónimo: Com. in Is; pról; PL 24,17). Acudan de buena gana al texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en la lectura espiritual o bien con otros medios que para dicho fin se organizan hoy por todas partes con aprobación o iniciativa de los Pastores de la Iglesia. Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues "a Dios hablamos

cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras” (S. Ambrosio: De officiis ministrorum I: 20, 88; PL 16,50)» (D.V. 25).

La educación en el «ministerio de la oración» y la preeminencia de la Palabra de Dios en el seno de la Iglesia llevan a redescubrir una de las más tradicionales formas de oración: la «lectio divina». Asistimos y participamos hoy con gozo a una verdadera restauración de la «lectio divina» (cf. «¿Restauración de la "lectio divina"?, P. Jean de la Croix osb, en «Cuadernos Monásticos», n° 73/74).

Los cristianos de hoy, en efecto, procuramos volver a apropiarnos de una herencia que hemos recibido del ayer. Más de un director espiritual ha escuchado: «¿Qué tengo que hacer para rezar?» de boca de un fervoroso y entusiasta seminarista recién llegado a la casa de formación. Puede responderle que le entrega lo que ha recibido de la tradición oracional de Israel y de la Iglesia de Cristo: la «lectio divina».

Siempre la «lectio» fue un tesoro a disposición de toda la Iglesia (laicos y consagrados); terminó siendo monopolio de vírgenes, ascetas y monjes. San Juan Crisóstomo (+ 407) captó ya este reduccionismo y no se cansó de exhortar a sus fieles laicos a ejercitarse en la «lectio divina»:

«¿Quién de vosotros, decidme por favor, de los que estáis aquí sería capaz, si se lo preguntara, de repetir un salmo u otro cualquier pasaje de las Divinas Escrituras? Nadie en absoluto... ¿Qué excusa podéis alegar contra este reproche? "Yo no soy monje", me contestará alguno, "sino que tengo mujer e hijos y he de cuidar mi casa". Pues justamente lo que ha echado todo a perder es que pensáis que la lección de las Divinas Escrituras conviene sólo a monjes, cuando a vosotros os es más necesaria que a ellos... peor que no leer las Escrituras, es pensar que su lectura es ociosa...».  
(Homilias sobre S. Mateo; II, 5).

La propuesta es, entonces, «recuperar» el tesoro hasta hace poco olvidado. Si no me equivoco, el «Instrumentum Laboris»: «De sacerdotibus formandis in hodiernis adiunctis», preparación al VIII Sínodo de los Obispos, es el primer documento vaticano de los últimos 30 años referido a la formación sacerdotal que habla explícitamente de la «lectio divina» en el contexto de la formación espiritual:

«La "lectio divina", lectura orante y meditada de la Palabra de Dios, nutrirá la vida espiritual y vivificará el estudio de las Escrituras... La familiaridad con la Palabra de Dios facilitará el itinerario de conversión: ella alimenta en el corazón los pensamientos de Dios, favoreciendo la comprensión profunda de sus misterios que el Espíritu devela a quien con perseverancia y humildad se pone a la escucha del Maestro divino. Además, no es de menor importancia la línea unitaria del camino espiritual que la "lectio" permite adquirir unificando en torno a ella todos los diversos momentos, espirituales y apostólicos, de la jornada» (o.c. n° 32).

Las páginas que siguen no son originales; por el contrario, son un intento de resumen de lo que de aquí y allá he leído sobre el tema. Tienen como finalidad brindar elementos de

introducción a la pedagogía y práctica de la «lectio» a directores espirituales de nuestro seminario diocesano y a los queridos seminaristas.

## 2. «LECTIO DIVINA»: un poco de historia

El sentido y la expresión misma: «lectio divina», han evolucionado a lo largo de los siglos. Podemos remitirnos a la síntesis histórica que presenta el P. Abad General de los Cistercienses de la Estricta Observancia, Bernardo Olivera, en su ejercitatorio contemplativo «En soledad y solidaridad» (edición de la Asociación de Amigos de Soledad mariana, Bs.As., 1989), quien en el capítulo cuarto titulado «Bíblica integral» presenta la temática que intento resumir aquí.

«Lectio divina» fue un vocablo que designó en un principio al mismo libro de las Escrituras, a un determinado texto de él y al texto seleccionado para ser proclamado en la Asamblea litúrgica.

Luego, cuando se comenzó a leer y a estudiar la Escritura fuera del recinto del templo, esta dedicación tomó el nombre de «lectio divina». Finalmente, el sentido se amplió abarcando también los estudios y comentarios patristicos sobre la Palabra de Dios.

Con Orígenes (+ 255) aparece ya difundida la práctica de la «lectio divina» como modo de orar. Sin duda, él la aprendió de sus maestros judíos; éstos poseían y cultivaban este modo peculiar de penetrar en el sentido de las Escrituras.

En la época que media entre Juan Crisóstomo (+ 407) y Gregorio Magno (+ 604) la «lectio divina» fue convirtiéndose en una «exercitia monachorum» abandonando el campo común de los fieles cristianos para sobrevivir sólo en los claustros y eremitorios medievales. Así, los grandes monjes de la Edad Media aprendieron la «Lectio divina» de los Padres del monacato (s. IV al VI).

A fines del s. XII declina la época de oro del monacato occidental. Uno de los signos del profundo cambio en la espiritualidad monástica europea es la lenta desaparición de la «lectio». La «devotio moderna» ya no la conoce. Ha sido reemplazada por la oración mental (pensar en Dios) y por la «lectura espiritual» (leer vidas de santos o manuales de «vida interior»).

En nuestros días reaparece con fuerza gracias al lugar que la Sagrada Escritura ocupa en la vida de la Iglesia.

## 3. Lo que es «lectio divina»

No basta definir a la «lectio» como «lectura de la Biblia». Se indicaría algo muy superficial y poco comprometedor. Tampoco se trata de un estudio de las Escrituras. Se trata de una lectura sí, pero muy particular: se lee orando y se ora leyendo. Se trata de una lectura que tiene por objeto la Palabra de Dios tal como está contenida en la Escritura, pero se lee con Dios, junto a Él: se lee a Dios con el Espíritu de Dios. Algunos monjes antiguos decían que «lectio» es «vacare Deo»: dedicarse a Dios, ¡tomarse vacaciones con Él!

Es una lectura hecha en la fe, en espíritu de oración, creyendo en la presencia actual de Dios que me habla por medio del texto sagrado, esforzándome asimismo por estar presente a Él, en espíritu de obediencia y en abandono tanto a las promesas cuanto a las exigencias divinas.

Se trata de una lectura:

- sin prisa: apacible y reposada, desinteresada
- comprometida: se dona toda la persona para dejarse transformar por la Palabra del mismo Dios que se hace presente
- recogida: en actitud de fe y amor, buscando el contacto vivificante con Dios
- sapiencial: su meta es la comunión, el estar con Dios, gustar el «sabor de Dios»

#### 4. Las convicciones que guían la lectura

La convicción de fe fundamental que guía la práctica de la «lectio divina» es, en palabras de San Cipriano aconsejando a Donato: «Sé asiduo tanto a la oración como a la lectura. Cuando oras hablas tú con Dios, cuando lees habla Dios contigo» (A Donato, 15). Esta convicción de fe pasó de generación en generación: la encontramos en San Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Isidoro de Sevilla, Leandro de Sevilla, Alcuino de York, Gilberto de Hoyland y Tomás de Aquino. En nuestros días ha aparecido como núcleo del denso párrafo de la D.V. 25.

A su vez, esta certeza se enriquece con otras que ahora indicamos brevemente. Ante todo, el sentido de trascendencia de la Palabra de Dios, «letra venida del cielo» (Elredo de Reival: «Tratado de la amistad espiritual», I); un hermoso himno medieval expresa: «Reina la página del cielo» (A. Neckan). Es la página sagrada la que nos permite «beber en su fuente que es manantial del conocimiento de Dios» (Ruperto de Deutz: «Sobre el Apocalipsis», 12). Para el Abad Guillermo de Saint-Thierry, la Escritura es «beso de eternidad» («Comentario al Cantar de los Cantares», 36). Y San Jerónimo afirmaba sin vacilar: «El Reino de los Cielos es el conocimiento de las Escrituras» («Sobre San Mateo»).

La lectura de la Biblia es salvífica ya que es «fecundada milagrosamente por el Espíritu» (anónimo), el cual continúa animándola con su soplo asegurándole así una perenne juventud. Por tanto, la Escritura no transmite meramente un mensaje, implica una presencia del Espíritu de Dios.

Y este «libro vivo» (Sta. Teresa) converge en Cristo: «Toda la Escritura Divina es un solo libro, y este único libro es Cristo» (Hugo de San Víctor: «El Arca de Noé», II, 2). Por consiguiente, leer la Escritura es buscar a Cristo y encontrarlo: «Cuando leemos la Escritura, tocamos la Palabra de Dios, tenemos ante la mirada al Hijo de Dios, como en un espejo y confusamente» (Ruperto de Deutz: «De la Trinidad», I, 6). El sentido de la Escritura no es una verdad impersonal, es Cristo mismo.

#### 5. Actividad del espíritu del hombre en la «lectio»: escucha y memoria

El primer movimiento de la «lectio divina» es ESCUCHAR. Es necesaria la escucha puesto que Dios es primero, puesto que hay primero una Palabra de Dios: «en el principio existía el Verbo» (Jn 1, 1).

Esta escucha domina dos cosas:

- 1) la posibilidad de la «lectio»,
- 2) el contenido de la misma.

1) Para poder responder es necesario primero escuchar. Y si la vida cristiana puede ser definida como «constante decisión de responder a Dios», la primera actitud es la de escucha. La escucha es la posibilidad de una respuesta verdadera y adecuada.

2) Al mismo tiempo la escucha formará el contenido de la respuesta. En el contexto de la vida cristiana no se puede responder cualquier cosa sino que la respuesta estará vaciada en el molde de la actitud de Jesucristo.

ESCUCHAR ES, PUES, EL PRIMER MOMENTO DE LA «LECTIO DIVINA»

Pero la escucha no es pasiva sino todo lo contrario: se escucha la Palabra Divina para que el corazón obedezca a ella, se incline ante ella, se deje vencer por ella. En este sentido podemos decir que la escucha tiende a la conversión. Escucho la Palabra de Dios para dejarme arrastrar por ella a la salvación de Jesucristo ofrecida en ella.

La Palabra es escuchada porque resuena hoy: «clama cada día» dice San Benito en su Regla. ¿Qué clama? «Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón» (Sal 94, 8). La escucha de la Palabra supone un corazón que no sea duro, que esté dispuesto a la obediencia de la fe: «El Señor espera que nosotros respondamos cada día con hechos a sus santos avisos» (San Benito). Es menester responder con hechos. Es imprescindible subrayar hoy esto, sobre todo cuando lo que se busca es conciliar oración y vida.

La escucha es una actitud humana remarcada como imprescindible a lo largo de toda la Escritura: «Escucha, Israel...». La contrapartida a la escucha es el olvido. A Israel se le reprocha que olvida al Señor (Jc 8, 34; Jr 2, 13; Os 2, 15). Olvida porque deja de escuchar. Es un mismo pecado. Si leemos el cap. 3 del libro de Baruc nos encontramos con estos temas constantemente mezclados: no han escuchado y han olvidado.

El cristiano que no escucha, olvida. Y quien olvida abre la puerta a todos los pecados. Olvida a su Señor, mientras que si tuviera el corazón fiel se acordaría, guardaría memoria: «María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (Lc 2, 20).

Entonces ¿qué será la «lectio divina»? Se situará allí donde el cristiano quiere escuchar a Dios y guardar en su corazón el recuerdo de su Señor convirtiéndose así al Dios vivo. Este es el fin de la «lectio divina».

## 6. Características que califican a la «lectio divina»

Nos detenemos ahora en las principales características de la «lectio divina» o de las condiciones que la hacen posible.

+ Ante todo, se trata de una lectura preparada por la ascesis. Según la parábola del sembrador, la semilla de la Palabra produce el ciento por uno si cae en un terreno fértil. Es necesario «fertilizar» el terreno del corazón por la humildad y la pureza. Con este último término se indicaba en la antigüedad cristiana («puritas cordis») la ausencia de cualquier



afecto desordenado a las creaturas que, por lo tanto, separa del amor de Dios y del sentido de su presencia. Se trata de ir creando un corazón libre para la entrega a Dios. La tradición es clara al respecto: «A los impuros no se les muestra la Verdad, no se les entrega la Sabiduría» (San Bernardo: «Sermones sobre el "Cantar de los Cantares"»; 62, 8). La Escritura, decía San Agustín por experiencia propia, «no es cosa hecha para soberbios» («Confesiones»: L. 3; 5, 9). En la colación XIV, Casiano desarrolla ampliamente la necesidad de la pureza del corazón para penetrar en el mensaje bíblico: «Si deseáis la luz de la ciencia espiritual, no a impulsos de la vana jactancia, sino por amor a la pureza, inflamaos ante todo en el deseo de esta beatitud, de la cual se ha dicho: "Bienaventurados los puros de corazón porque verán a Dios"». La situación de pureza de nuestro corazón es, además, correlativa a nuestra comprensión de la Palabra: el volcarse sobre ella purifica y hace humilde el alma. A medida que se ahonda la pureza del corazón se profundiza en el sentido de la Escritura.

+ Junto a la ascesis conducente a la pureza de corazón, es necesario que la «lectio» se ubique en un clima de oración. Sólo la oración humilde y confiada puede hacer que la Palabra nos abra y muestre sus secretos. «Orar para entender», decía San Agustín («Sobre la Doctrina Cristiana»: III, 37,56). Guillermo de Saint-Thierry recomienda vivamente a los que se inician en la «lectio» que interrumpan la lectura para dedicarse a la oración y luego vuelvan a leer.

+ El silencio, la calma interior y el recogimiento son también condiciones indispensables. Sólo acoge quien se recoge.

+ Todo esto implica, claro está, una lectura perseverante y asidua. San Jerónimo recomendaba a Eustoquia, jovencita consagrada al Señor que se dirigía espiritualmente con el santo: «Lee con mucha frecuencia... que el sueño te sorprenda con el libro en las manos y que cuando caiga tu frente vencida por el cansancio, que sea recibida por la página santa» (Carta 22, 27). En los caminos de oración, éxito es sinónimo de perseverancia. Nadie cosecha al otro día de la siembra.

## 7. Los pasos de la «lectio divina»

La Sagrada Escritura es la que nos provee el material para la «lectio». Se busca adentrarse en la Palabra desde la Palabra misma. Siguiendo la ininterrumpida tradición que va de Gregorio Magno a San Bernardo, nos acercamos a la Biblia no tanto para adquirir conocimientos sino la salvación. Cada palabra es dirigida por Dios al lector y espera una respuesta. En consecuencia, el texto sagrado no es sólo fuente de verdades dogmáticas y morales sino que es, ante todo, el medio ofrecido para llegar a ser discípulo del único Maestro. En efecto, en las páginas de la Escritura nos encontramos con Cristo y con su misterio. La Biblia es considerada entonces, no tanto un libro, aunque espiritual, sino más bien un santuario donde se produce el encuentro con el Señor de la historia.

En el punto de partida de la «lectio», encontramos la LECTURA del texto. Se trata de leer lenta, admirativamente, sin curiosidades; se lee con el corazón de la fe. Lo que se busca es que una palabra o frase llegue adentro del alma y la conmueva. No se lee para aprender algo más (eso lo dejamos para la hora del estudio) sino para «gustar» la Palabra. La curiosidad ha de ser evitada ya que nos tentaría a buscar novedades. Dice Isaac de la Estrella que «aquel que fija su deseo en el amor de la sabiduría debe quitar de su corazón la

manía de saber... de otro modo se ilusiona a sí mismo y se fatiga vanamente» (Sermón 21, 16; S.C. 207).

Pero no hay que imaginar que esta lectura queda librada al azar o al capricho. Exige un método (el que estamos procurando describir) y una formación bíblica básica. En cuanto al método, tomamos la clásica división en cuatro momentos de Guido el Cartujano, a saber:

- lectura (lectio)
- meditación (rumia)
- oración (respuesta)
- contemplación (don de Dios)

Antes y durante la lectura se pide luz a Dios, se la suplica con humildad. Necesitamos que el Señor nos explique las Escrituras mientras vamos de camino, tal como los discípulos de Emaús porque, en efecto, somos torpes y de duro entendimiento para reconocer el misterio de Cristo en la Biblia. La oración va como impregnando la lectura. Al respecto dice Guillermo de Saint-Thierry: «de la lectura continua hay que extraer impulsos afectuosos, hacer una oración que interrumpa la lectura. Ello no molesta al alma puesto que vuelve a llevarla enseguida a una más viva penetración de lo leído» («Lettre aux Frères du Mount-Dieu»; S.C. 223).

Vendrá luego la MEDITACIÓN, prolongación necesaria de la lectura. La meditación no consiste en ningún esfuerzo del intelecto (noción moderna de meditación) sino que simplemente se trata de la repetición de la palabra o frase de la Escritura que más ha llegado al corazón (rumia). Dicho de otro modo: la «meditatio» mastica y desmenuza lo que se ha leído. Este ejercicio de la rumia (repetición silenciosa o en voz alta) de un texto de la Palabra de Dios es causa y efecto de la memorización bíblica. Por eso dice Smaragdus: «la lectura nos instruye sobre lo que ignoramos; la meditación nos permite conservar el fruto de la lectura» («Diadema monachorum»: P.L. 102, 593). A ejemplo de un paseo, la meditación permite detenerse más largamente, con libertad, sobre tal o cual palabra para que ésta se adentre en la memoria del corazón.

Puede llegar el momento de la respuesta del hombre a la Palabra divina. Es la ORACIÓN. Nace del interior del espíritu del hombre, movido por el Espíritu del Padre y del Hijo, la necesidad de responder a la Palabra. Surge así la alabanza, la acción de gracias, la súplica. Pueden ser frases breves que se repiten; pueden ser deseos o sentimientos que se expresan sencillamente para Dios, para que El los escuche.

La CONTEMPLACIÓN es puro don de Dios. Puede darse como no darse. No depende en absoluto del hombre. Si Dios quiere hacer el don de esclarecer la inteligencia o fortalecer la voluntad o darse a conocer, mostrándose en el interior del orante que queda encandilado por la Presencia Divina, entonces se habrá dado la contemplación.

8. La experiencia enseña que...

Por lo general, para los que se inician en la «lectio divina», conviene tomar como materia los Evangelios de la Misa del día. Con la experiencia que proporciona la práctica, se podrá ir haciendo una «lectio temática», siguiendo un determinado tema a lo largo de toda la

Biblia, o bien una «lectio continuada», leyendo de corrido todas las Escrituras o un conjunto de libros o uno de ellos.

¿Cuánto tiempo dedicarle? Básicamente hay que decir que la «lectio» es una oración diaria. No hace falta decir que el momento más apropiado ha de ser aquella hora del día en la que mejor nos encontremos para dialogar con Dios. Obviamente, una hora antes de acostarse después de una jornada agotadora, no es la hora más conveniente. La duración de la oración puede variar de una persona a otra, pero hay que darle el tiempo requerido para entablar un diálogo profundo con otra persona. En la medida en que se conoce y ama a alguien, tanto más se le escucha, responde y gusta estar con él.

Si bien consideramos el proceso de la «lectio» en cuatro momentos, no hemos de entender estos pasos como peldaños sucesivos o rígidos. Por el contrario, no se suceden unos a otros en el mismo orden siempre. Son como ramales de una misma cuerda de cítara. Debemos ser muy libres y dejar que obre el Espíritu que es el inspirador de nuestra oración. La práctica suavizará las rigideces del principio y hará que los momentos se alternen o superpongan entre sí.

El respeto que tengamos al libro de la Biblia será una muestra del amor que profesamos a la Palabra de Dios. Este respeto se expresará en el cuidado material con que tratamos nuestro texto de la Palabra de Dios y en la actitud exterior que asumimos durante la «lectio».

En la «lectio» diaria se ha de procurar que quede siempre algo en el fondo de la memoria de modo que pueda ser evocado con afecto en otros momentos de la jornada. Algunos escriben una frase bíblica que ha alimentado particularmente el corazón y la tienen a la vista durante algunos días.

No hay, tal vez, nada más difícil de sobrellevar que la «mudez de la Palabra». Pueden llegar días, semanas o meses enteros en los cuales de la «lectio divina» no se saca nada. Pero quien haya sabido esperar con paciencia y humildad no quedará desilusionado nunca. La «lectio» es una actividad espiritual de largo aliento y produce sus frutos con el correr de los años: convierte el corazón.

## **CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS SACERDOTES CON OCASIÓN DEL JUEVES SANTO DE 1995**

---

1. «¡Honor a María, honor y gloria, honor a la Santísima Virgen! (...)  
Aquél que creó el mundo maravilloso honraba en Ella a la propia Madre (...)  
La amaba como madre, vivió obedeciéndola. Aunque era Dios, respetaba todas sus palabras».

Queridos hermanos Sacerdotes:

No os asombréis si comienzo esta Carta, que tradicionalmente os dirijo con ocasión del Jueves Santo, con las palabras de un canto mariano polaco. Lo hago porque este año quiero hablaros de la importancia de la mujer en la vida del sacerdote, y estos versos, que yo cantaba desde niño, pueden ser una significativa introducción a esta temática.

El canto evoca el amor de Cristo por su Madre. La primera y fundamental relación que el ser humano establece con la mujer es precisamente la de hijo con su madre. Cada uno de nosotros puede expresar su amor a la madre terrena como el Hijo de Dios hizo y hace con la suya. La madre es la mujer a la cual debemos la vida. Nos ha concebido en su seno, nos ha dado a luz en medio de los dolores de parto con los que cada mujer alumbró una nueva vida. Por la generación se establece un vínculo especial, casi sagrado, entre el ser humano y su madre.

Después de engendrarnos a la vida terrena, nuestros padres nos convirtieron, por Cristo y gracias al sacramento del Bautismo, en hijos adoptivos de Dios. Todo esto ha hecho aún más profundo el vínculo entre nosotros y nuestros padres, y en particular, entre cada uno de nosotros y la propia madre. El prototipo de esto es Cristo mismo, Cristo-Sacerdote, que se dirige así al Padre eterno: «Sacrificio y oblación no quisiste, pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios no te agradaron. Entonces dije: ¡He ahí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (Hb 10, 5-7). Estas palabras involucran en cierto modo a la Madre, pues el Padre eterno formó el cuerpo de Cristo por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, gracias a su consentimiento: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

¡Cuántos de nosotros deben también a la propia madre la vocación sacerdotal! La experiencia enseña que muchas veces la madre cultiva en el propio corazón por muchos años el deseo de la vocación sacerdotal para el hijo y la obtiene orando con insistente confianza y profunda humildad. Así, sin imponer la propia voluntad ella favorece, con la eficacia típica de la fe, el inicio de la aspiración al sacerdocio en el alma de su hijo, aspiración que dará fruto en el momento oportuno.

2. Deseo reflexionar en esta Carta sobre la relación entre el sacerdote y la mujer, ya que el tema de la mujer merece este año una atención especial, del mismo modo como el año pasado la tuvo el tema de la familia. Efectivamente, se dedicará a la mujer la importante Conferencia internacional convocada por la Organización de las Naciones Unidas en Pekín, durante el próximo mes de septiembre. Es un tema nuevo respecto al del año pasado, pero estrechamente relacionado con él.

A esta Carta, queridos hermanos en el sacerdocio, quiero unir otro documento. Así como el año pasado acompañé el Mensaje del Jueves Santo con la Carta a las Familias, del mismo modo quisiera ahora entregaros de nuevo la Carta apostólica *Mulieris dignitatem* (15 de agosto de 1988). Como recordaréis, se trata de un texto elaborado al final del Año Mariano 1987-1988, durante el cual publiqué la Carta encíclica *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987). Deseo vivamente que durante este año se lea de nuevo la *Mulieris dignitatem*, haciéndola objeto de meditación y considerando especialmente sus aspectos marianos.

La relación con la Madre de Dios es fundamental para la «reflexión» cristiana. Lo es, ante todo, a nivel teológico, por la especialísima relación de María con el Verbo Encarnado y con la Iglesia, su Cuerpo místico. Pero lo es también a nivel histórico, antropológico y cultural. De hecho, en el cristianismo, la figura de la Madre de Dios representa una gran fuente de inspiración no sólo para la vida espiritual, sino incluso para la cultura cristiana y para el mismo amor a la patria. Hay pruebas de ello en el patrimonio histórico de muchas naciones. En Polonia, por ejemplo, el monumento literario más antiguo es el canto *Bogurodzica* (Madre de Dios), que ha inspirado en nuestros antepasados no sólo la organización de la vida de la nación, sino incluso la defensa de la justa causa en el campo de batalla. La Madre del Hijo de Dios ha sido la «gran inspiradora» para los individuos y para naciones cristianas enteras. También esto, a su modo, dice muchísimo de la importancia de la mujer en la vida del hombre y, de manera especial, en la del sacerdote.

Ya he tenido oportunidad de tratar este tema en la Encíclica *Redemptoris Mater* y en la Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, rindiendo homenaje a aquellas mujeres -madres, esposas, hijas o hermanas- que para los respectivos hijos, maridos, padres y hermanos han sido una ayuda eficaz para el bien. No sin motivo se habla de «talento femenino», y cuanto he escrito hasta ahora confirma el fundamento de esta expresión. Sin embargo, tratándose de la vida sacerdotal, la presencia de la mujer asume un carácter peculiar y exige un análisis específico.

3. Pero volvamos, mientras tanto, al Jueves Santo, día en el que adquieren especial relieve las palabras del himno litúrgico:

*Ave verum Corpus natum de Maria Virgine: Vere passum, immolatum in cruce pro homine.*

*Cuius latus perforatum fluxit aqua et sanguine: Esto nobis praegustatum mortis in examine. O Iesu dulcis! O Iesu pie! O Iesu, fili Mariae!*

Aunque estas palabras no pertenecen a la liturgia del Jueves Santo, están profundamente vinculadas con ella.

Con la Última Cena, durante la cual Cristo instituyó los sacramentos del Sacrificio y del Sacerdocio de la Nueva Alianza, comienza el Triduum paschale. En su centro está el Cuerpo de Cristo. Es este Cuerpo el que, antes de sufrir la pasión y muerte, durante la Última Cena se ofrece como comida en la institución de la Eucaristía. Cristo toma en sus manos el pan, lo parte y lo distribuye a los Apóstoles, pronunciando las palabras: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo» (Mt 26, 26). Instituye así el sacramento de su Cuerpo, aquel Cuerpo que, como Hijo de Dios, había recibido de la Madre, la Virgen Inmaculada. Después entrega a los Apóstoles el cáliz de la propia sangre bajo la especie de vino,

diciendo: «Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados(Mt 26, 27-28). Se trata aquí de la Sangre que animaba el Cuerpo recibido de la Virgen Madre: Sangre que debía ser derramada, llevando a cabo el misterio de la Redención, para que el Cuerpo recibido de la Madre, pudiese -como Corpus immolatum in cruce pro homine- convertirse, para nosotros y para todos, en sacramento de vida eterna, viático para la eternidad. Por esto en el Ave verum, himno eucarístico y mariano a la vez, nosotros pedimos: Esto nobis praegustatum mortis in examine.

Aunque en la liturgia del Jueves Santo no se habla de María -sin embargo la encontramos el Viernes Santo a los pies de la Cruz con el apóstol Juan-, es difícil no percibir su presencia en la institución de la Eucaristía, anticipo de la pasión y muerte del Cuerpo de Cristo, aquel Cuerpo que el Hijo de Dios había recibido de la Virgen Madre en el momento de la Anunciación.

Para nosotros, como sacerdotes, la Última Cena es un momento particularmente santo. Cristo, que dice a los Apóstoles: «Haced esto en recuerdo mío» (1Co 11, 24), instituye el sacramento del Orden. En nuestra vida de presbíteros este momento es esencialmente cristocéntrico en efecto, recibimos el sacerdocio de Cristo-Sacerdote, único Sacerdote de la Nueva Alianza. Pero pensando en el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre que, in persona Christi, es ofrecido por nosotros, nos es difícil no entrever en este Sacrificio la presencia de la Madre. María dio la vida al Hijo de Dios, así como han hecho con nosotros nuestras madres, para que Él se ofreciera y nosotros también nos ofreciésemos en sacrificio junto con Él mediante el ministerio sacerdotal. Detrás de esta misión esta la vocación recibida de Dios, pero se esconde también el gran amor de nuestras madres, de la misma manera que tras el sacrificio de Cristo en el Cenáculo se ocultaba el inefable amor de su Madre. ¡De qué manera tan real, y al mismo tiempo discreta, está presente la maternidad y, gracias a ella, la feminidad en el sacramento del Orden, cuya fiesta renovamos cada año el Jueves Santo!

4. Jesucristo es el hijo único de María Santísima. Comprendemos bien el significado de este misterio : convenía que fuera así, ya que un Hijo tan singular por su divinidad no podía ser más que el único hijo de su Madre Virgen. Pero precisamente esta unicidad se presenta, de algún modo, como la mejor «garantía» de una «multiplicidad» espiritual. Cristo, verdadero hombre y a la vez eterno y unigénito hijo del Padre celestial, tiene, en el plano espiritual, un número inmenso de hermanos y hermanas. En efecto, la familia de Dios abarca a todos los hombres no solamente a cuantos mediante el Bautismo son hijos adoptivos de Dios, sino en cierto sentido a la humanidad entera, pues Cristo ha redimido a todos los hombres y mujeres, ofreciéndoles la posibilidad de ser hijos e hijas adoptivos del Padre eterno. Así todos somos hermanos y hermanas en Cristo.

He aquí cómo surge en el horizonte de nuestra reflexión sobre la relación entre el sacerdote y la mujer, junto a la figura de la madre, la de la hermana. Gracias a la redención, el sacerdote participa de un modo particular de la relación de fraternidad ofrecida por Cristo a todos los redimidos.

Muchos de nosotros, sacerdotes, tienen hermanas en la familia. En todo caso, cada sacerdote desde niño ha tenido ocasión de encontrarse con muchachas, si no en la propia

familia, al menos en el vecindario, en los juegos de infancia y en la escuela. Un tipo de comunidad mixta tiene una gran importancia para la formación de la personalidad de los muchachos y muchachas.

Nos referimos aquí al designio originario del Creador, que al principio creó al ser humano «varón y mujer» (cf. Gn 1, 27). Este acto divino creador continúa a través de las generaciones. El libro del Génesis habla de ello en el contexto de la vocación al matrimonio: «Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer» (2, 24). La vocación al matrimonio supone y exige obviamente que el ambiente en el que se vive esté compuesto por hombres y mujeres.

En este contexto no nacen solamente las vocaciones al matrimonio, sino también al sacerdocio y a la vida consagrada. Estas no se forman aisladamente. Cada candidato al sacerdocio, al entrar en el seminario, tiene a sus espaldas la experiencia de la propia familia y de la escuela, donde ha encontrado a muchos coetáneos y coetáneas. Para vivir en el celibato de modo maduro y sereno, parece ser particularmente importante que el sacerdote desarrolle profundamente en sí mismo la imagen de la mujer como hermana. En Cristo, hombres y mujeres son hermanos y hermanas, independientemente de los vínculos familiares. Se trata de un vínculo universal, gracias al cual el sacerdote puede abrirse a cada ambiente nuevo, hasta el más diverso bajo el aspecto étnico o cultural, con la conciencia de deber ejercer en favor de los hombres y de las mujeres a quienes es enviado un ministerio de auténtica paternidad espiritual, que le concede «hijos» e «hijas» en el Señor (cf. 1Ts 2, 11; Ga 4, 19).

5. «La hermana» representa sin duda una manifestación específica de la belleza espiritual de la mujer; pero es, al mismo tiempo, expresión de «carácter intangible». Si el sacerdote, con la ayuda de la gracia divina y bajo la especial protección de María Virgen y Madre, madura de este modo su actitud hacia la mujer, en su ministerio se verá acompañado por un sentimiento de gran confianza precisamente por parte de las mujeres, consideradas por él, en las diversas edades y situaciones de la vida, como hermanas y madres.

La figura de la mujer-hermana tiene notable importancia en nuestra civilización cristiana, donde innumerables mujeres se han hecho hermanas de todos, gracias a la actitud típica que ellas han tomado con el prójimo, especialmente con el más necesitado. Una «hermana» es garantía de gratuidad: en la escuela, en el hospital, en la cárcel y en otros sectores de los servicios sociales. Cuando una mujer permanece soltera, con su «entrega como hermana» mediante el compromiso apostólico o la generosa dedicación al prójimo, desarrolla una peculiar maternidad espiritual. Esta entrega desinteresada de «fraterna» feminidad ilumina la existencia humana, suscita los mejores sentimientos de los que es capaz el hombre y siempre deja tras de sí una huella de agradecimiento por el bien ofrecido gratuitamente.

Así pues, las dos dimensiones fundamentales de la relación entre la mujer y el sacerdote son las de madre y hermana. Si esta relación se desarrolla de modo sereno y maduro, la mujer no encontrará particulares dificultades en su trato con el sacerdote. Por ejemplo, no las encontrará al confesar las propias culpas en el sacramento de la Penitencia. Mucho menos las encontrará al emprender con los sacerdotes diversas actividades apostólicas. Cada sacerdote tiene pues la gran responsabilidad de desarrollar en sí mismo una auténtica

actitud de hermano hacia la mujer, actitud que no admite ambigüedad. En esta perspectiva el Apóstol recomienda al discípulo Timoteo tratar «a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como hermanas, con toda pureza» (1Tm 5, 2).

Cuando Cristo afirmó -como escribe el evangelista Mateo- que el hombre puede permanecer célibe por el Reino de Dios, los Apóstoles quedaron perplejos (cf. Mt 19, 10-12). Un poco antes había declarado indisoluble el matrimonio, y ya esta verdad había suscitado en ellos una reacción significativa: «Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse» (Mt 19, 10). Como se ve, su reacción iba en dirección opuesta a la lógica de fidelidad en la que se inspiraba Jesús. Pero el Maestro aprovecha también esta incomprensión para introducir en el estrecho horizonte del modo de pensar de ellos, la perspectiva del celibato por el Reino de Dios. Con esto trata de afirmar que el matrimonio tiene su propia dignidad y santidad sacramental y que existe también otro camino para el cristiano: camino que no es huida del matrimonio sino elección consciente del celibato por el Reino de los cielos.

En este horizonte, la mujer no puede ser para el sacerdote más que una hermana, y esta dignidad de hermana debe ser considerada conscientemente por él. El apóstol Pablo, que vivía el celibato, escribe así en la Primera Carta a los Corintios: «Mi deseo sería que todos los hombres fueran como yo; mas cada cual tiene de Dios su gracia particular: unos de una manera, otros de otra» (1Co 7, 7). Para él no hay duda: tanto el matrimonio como el celibato son dones de Dios, que hay que custodiar y cultivar con cuidado. Subrayando la superioridad de la virginidad, de ningún modo menosprecia el matrimonio. Ambos tienen un carisma específico; cada uno de ellos es una vocación, que el hombre, con la ayuda de la gracia de Dios, debe saber discernir en la propia vida.

La vocación al celibato necesita ser defendida conscientemente con una vigilancia especial sobre los sentimientos y sobre toda la propia conducta. En particular, debe defender su vocación el sacerdote que, según la disciplina vigente en la Iglesia occidental y tan estimada por la oriental, ha elegido el celibato por el Reino de Dios. Cuando en el trato con una mujer peligrara el don y la elección del celibato, el sacerdote debe luchar para mantenerse fiel a su vocación. Semejante defensa no significaría que el matrimonio sea algo malo en sí mismo, sino que para el sacerdote el camino es otro. Dejarlo sería, en su caso, faltar a la palabra dada a Dios.

La oración del Señor: «No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal», cobra un significado especial en el contexto de la civilización contemporánea, saturada de elementos de hedonismo, egocentrismo y sensualidad. Se propaga por desgracia la pornografía, que humilla la dignidad de la mujer, tratándola exclusivamente como objeto de placer sexual. Estos aspectos de la civilización actual no favorecen ciertamente la fidelidad conyugal ni el celibato por el Reino de Dios. Si el sacerdote no fomenta en sí mismo auténticas disposiciones de fe, de esperanza y de amor a Dios, puede ceder fácilmente a los reclamos que le llegan del mundo. ¿Cómo no dirigirme pues a vosotros, queridos hermanos Sacerdotes, hoy Jueves Santo, para exhortaros a permanecer fieles al don del celibato, que nos ofrece Cristo? En él se encierra un bien espiritual para cada uno y para toda la Iglesia.



En el pensamiento y en la oración están hoy presentes de forma especial nuestros hermanos en el sacerdocio que encuentran dificultades en este campo y quienes precisamente por causa de una mujer han abandonado el ministerio sacerdotal. Confiamos a María Santísima, Madre de los Sacerdotes, y a la intercesión de los numerosos Santos sacerdotes de la historia de la Iglesia el difícil momento que están pasando, pidiendo para ellos la gracia de volver al primitivo fervor (cf. Ap 2, 4-5). La experiencia de mi ministerio, y creo que sirve para cada Obispo, confirma que se dan casos de vuelta a este fervor y que incluso hoy no son pocos. Dios permanece fiel a la alianza que establece con el hombre en el sacramento del Orden sacerdotal.

6. Ahora quisiera tratar el tema, aún más amplio, del papel que la mujer está llamada a desempeñar en la edificación de la Iglesia. El Concilio Vaticano II ha recogido plenamente la lógica del Evangelio, en los capítulos II y III de la Constitución dogmática *Lumen gentium*, presentando a la Iglesia en primer lugar como Pueblo de Dios y después como estructura jerárquica. La Iglesia es sobre todo el Pueblo de Dios, ya que quienes la forman, hombres y mujeres, participan -cada uno a su manera- de la misión profética, sacerdotal y real de Cristo. Mientras invito a releer estos textos conciliares, me limitaré aquí a algunas breves reflexiones partiendo del Evangelio.

En el momento de la ascensión a los cielos, Cristo manda a los Apóstoles: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16, 15). Predicar el Evangelio es realizar la misión profética, que en la Iglesia tiene diversas modalidades según el carisma dado a cada uno (cf. Ef 4, 11-13). En aquella circunstancia, tratándose de los Apóstoles y de su peculiar misión, este mandato es confiado a unos hombres; pero, si leemos atentamente los relatos evangélicos y especialmente el de Juan, llama la atención el hecho de que la misión profética, considerada en toda su amplitud, es concedida a hombres y mujeres. Baste recordar, por ejemplo, la Samaritana y su diálogo con Cristo junto al pozo de Jacob en Sicar (cf. Jn 4, 1-42): es a ella, samaritana y además pecadora, a quien Jesús revela la profundidad del verdadero culto a Dios, al cual no interesa el lugar sino la actitud de adoración «en espíritu y verdad».

Y ¿qué decir de las hermanas de Lázaro, María y Marta? Los Sinópticos, a propósito de la «contemplativa» María, destacan la primacía que Jesús da a la contemplación sobre la acción (cf. Lc 10, 42). Más importante aún es lo que escribe San Juan en el contexto de la resurrección de Lázaro, su hermano. En este caso es a Marta, la más «activa» de las dos, a quien Jesús revela los misterios profundos de su misión: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (Jn 11, 25-26). En estas palabras dirigidas a una mujer está contenido el misterio pascual.

Pero sigamos con el relato evangélico y entremos en la narración de la Pasión. ¿No es quizás un dato incontestable que fueron precisamente las mujeres quienes estuvieron más cercanas a Jesús en el camino de la cruz y en la hora de la muerte? Un hombre, Simón de Cirene, es obligado a llevar la cruz (cf. Mt 27, 32); en cambio, numerosas mujeres de Jerusalén le demuestran espontáneamente compasión a lo largo del «vía crucis» (cf. Lc 23, 27). La figura de la Verónica, aunque no sea bíblica, expresa bien los sentimientos de la mujer en la vía dolorosa.

Al pie de la cruz está únicamente un Apóstol, Juan de Zebedeo, y sin embargo hay varias mujeres (cf. Mt 27, 55-56): la Madre de Cristo, que según la tradición lo había acompañado en el camino hacia el Calvario; Salomé, la madre de los hijos del Zebedeo, Juan y Santiago; María, madre de Santiago el Menor y de José; y María Magdalena. Todas ellas son testigos valientes de la agonía de Jesús; todas están presentes en el momento de la unción y de la deposición de su cuerpo en el sepulcro. Después de la sepultura, al llegar el final del día anterior al sábado, se marchan pero con el propósito de volver apenas les sea permitido. Y serán las primeras en llegar temprano al sepulcro, el día después de la fiesta. Serán los primeros testigos de la tumba vacía y las que informarán de todo a los Apóstoles (cf. Jn 20, 1-2). María Magdalena, que permaneció llorando junto al sepulcro, es la primera en encontrar al Resucitado, el cual la envía a los Apóstoles como primera anunciadora de su resurrección (cf. Jn 20, 11-18). Con razón, pues, la tradición oriental pone a la Magdalena casi a la par de los Apóstoles, ya que fue la primera en anunciar la verdad de la resurrección, seguida después por los Apóstoles y los demás discípulos de Cristo.

De este modo las mujeres, junto con los hombres, participan también en la misión profética de Cristo. Y lo mismo puede decirse sobre su participación en la misión sacerdotal y real. El sacerdocio universal de los fieles y la dignidad real se conceden a los hombres y a las mujeres. A este respecto ilustra mucho una atenta lectura de unos fragmentos de la Primera Carta de San Pedro (2, 9-10) y de la Constitución conciliar *Lumen gentium* (nn. 10-12; 34-36).

7. En esta última, al capítulo sobre el Pueblo de Dios sigue el de la estructura jerárquica de la Iglesia. En él se habla del sacerdocio ministerial, al que por voluntad de Cristo se admite únicamente a los hombres. Hoy, en algunos ambientes, el hecho de que la mujer no pueda ser ordenada sacerdote se interpreta como una forma de discriminación. Pero, ¿es realmente así?

Ciertamente la cuestión podría plantearse en estos términos, si el sacerdocio jerárquico conllevara una situación social de privilegio, caracterizada por el ejercicio del «poder». Pero no es así: el sacerdocio ministerial, en el plan de Cristo, no es expresión de dominio sino de servicio. Quien lo interpretase como «dominio», se alejaría realmente de la intención de Cristo, que en el Cenáculo inició la Última Cena lavando los pies a los Apóstoles. De este modo puso fuertemente de relieve el carácter «ministerial» del sacerdocio instituido aquella misma tarde. «Tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10, 45).

Sí, el sacerdocio que hoy recordamos con tanta veneración como nuestra herencia especial, queridos Hermanos, ¡es un sacerdocio ministerial! ¡Servimos al Pueblo de Dios! ¡Servimos su misión! Nuestro sacerdocio debe garantizar la participación de todos -hombres y mujeres- en la triple misión profética, sacerdotal y real de Cristo. Y no sólo el sacramento del Orden es ministerial: ministerial es, ante todo, la misma Eucaristía. Al afirmar: «Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros (...) Esta es la copa de la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» (Lc 22, 19-20), Cristo manifiesta su servicio más sublime: el servicio de la redención, en la cual el unigénito y eterno Hijo de Dios se convierte en Siervo del hombre en su sentido más pleno y profundo.

8. Al lado de Cristo-Siervo no podemos olvidar a Aquella que es «la Sierva», María. San Lucas nos relata que, en el momento decisivo de la Anunciación, la Virgen pronunció su «fiat» diciendo: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 38). La relación del sacerdote con la mujer como madre y hermana se enriquece, gracias a la tradición mariana, con otro aspecto: el del servicio e imitación de María sierva. Si el sacerdocio es ministerial por naturaleza, es preciso vivirlo en unión con la Madre, que es la Sierva del Señor. Entonces, nuestro sacerdocio será custodiado en sus manos, más aún, en su corazón, y podremos abrirlo a todos. Será así fecundo y salvífico, en todos sus aspectos.

Que la Santísima Virgen nos mire con particular afecto a todos nosotros, sus hijos predilectos, en esta fiesta anual de nuestro sacerdocio. Que infunda sobre todo en nuestro corazón un gran deseo de santidad. Escribí en la Exhortación apostólica Pastores dabo vobis: «la nueva evangelización tiene necesidad de nuevos evangelizadores, y éstos son los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico hacia la santidad» (n. 82). El Jueves Santo, acercándonos a los orígenes de nuestro sacerdocio, nos recuerda también el deber de aspirar a la santidad, para ser «ministros de la santidad» en favor de los hombres y mujeres confiados a nuestro servicio pastoral. En esta perspectiva parece como muy oportuna la propuesta, hecha por la Congregación para el Clero, de celebrar en cada diócesis una «Jornada para la Santificación de los Sacerdotes» con ocasión de la fiesta del Sagrado Corazón, o en otra fecha más adecuada a las exigencias y costumbres pastorales de cada lugar. Hago mía esta propuesta deseando que esta Jornada ayude a los sacerdotes a vivir conformándose cada vez más plenamente con el corazón del Buen Pastor.

Invocando sobre todos vosotros la protección de María, Madre de la Iglesia y Madre de los Sacerdotes, os bendigo con afecto.

Vaticano, 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor, del año 1995.

Joannes Paulus PP II

## **PARROCOS SOLIDARIOS**

---

Pbro. CARLOS ALBERTO MARTÍN

Pbro. LUCIO FLORIO

A fines del año 1992 fuimos designados por el Arzobispo de La Plata mons. Carlos Galán como Párrocos Solidarios de dos parroquias, distantes entre sí por unos siete kilómetros (para el tránsito, no en línea recta). Desde entonces (poco más de dos años) hemos tratado de hacer vida el canon 517 inc. 1, tratando de interpretar más allá de la letra su espíritu subyacente, al que siempre vinculamos con lo más genuino de la Lumen Gentium y, en particular, de la Presbiterorum Ordinis del Concilio Vaticano II. Sabemos de la existencia de varias experiencias precedentes y actuales en el país y en otros, con mayor o menor éxito. Nos pareció de valor ofrecer una breve evaluación de la nuestra, acompañada de algunas reflexiones que puedan ser de alguna utilidad.

Somos párrocos simultáneamente de dos parroquias: «Santa Rosa de Lima»

Ubicada en las afueras de la ciudad de La Plata, donde comienza la ruta hacia Magdalena. Su superficie es de 300 manzanas y su población de alrededor de 50.000 habitantes, con un colegio parroquial de 1.000 alumnos. La población es de clase media, media-baja y baja. La mitad de la jurisdicción pertenece al partido de La Plata y la otra al extremo sur del partido de Berisso.

«Nuestra Señora de Loreto»

Localizada en el partido de Berisso, sin limitar con la anterior. Carece de templo propio (funciona en un ámbito muy limitado prestado por una congregación religiosa); tampoco tiene casa parroquial ni dependencia alguna. Su población es de alrededor de 7.000 habitantes de clase media y media-baja.

La casa en la que residimos es la de Santa Rosa. Desde el primer momento pusimos como criterio fundamental no responsabilizarnos cada uno de una parroquia por separado. Nos impusimos que, a pesar de los inconvenientes posibles, mantendríamos la responsabilidad compartida en ambas comunidades. El mismo criterio utilizamos para la totalidad de las actividades, aunque resolvimos distribuir algunas «presencias» frente a grupos o actividades: vgr., en el colegio parroquial los dos asumimos la totalidad de la pastoral (catequesis, celebraciones sacramentales, diálogo con los docentes, etc.), pero el diálogo permanente con el alumnado y docentes del secundario lo mantenía uno mientras que con el primario lo realizaba el otro; lo mismo aplicamos en otros órdenes, como el de los distintos grupos parroquiales.

En las celebraciones eucarísticas, nunca fijamos un sacerdote fijo para un horario determinado; por el contrario, aunque a veces nos solicitaban que tomáramos una Misa fija, nos pareció siempre más enriquecedor el alternar la presidencia y la predicación en las distintas Eucaristías. El mismo criterio aplicamos para la preparación personal al Matrimonio y su celebración, así como para los bautismos. No obstante, siempre mantuvimos criterios básicos comunes previamente dialogados (contenido de las pláticas, elementos básicos en la modalidad de celebrar).

La economía parroquial, la del colegio, el diálogo con el representante legal laico y con los directivos de los tres niveles, siempre fueron compartidos.

Si hubiera que sintetizar el principio que nos condujo podría ser éste: responsabilidad común en todo, decisiones conjuntas y presencia común o diversificadas según las ocasiones.

Aunque desde el primer momento a la comunidad le costó aceptar la idea y la praxis de una doble cabeza, nosotros explícitamente procuramos cuidar celosamente esa unidad doble. Interpretamos que el espíritu del canon 517 apuntaba tanto al trabajo compartido como a la autoridad compartida (cf. CDC 545 inc. 1: se habla, en cambio, de la cooperación del vicario parroquial).

Así como la totalidad del presbiterio junto al obispo puede ser considerado como un «signo colectivo del buen Pastor» (J. Esquerda Bifet), es posible pensar la figura de los párrocos solidarios en esa línea. La imagen de Cristo Pastor no es agotada por ningún presbítero en su riqueza de presencia y acción. La existencia de una pluralidad de estilos y dones permite una mediación más variada y honda de Cristo para el pueblo de Dios. Lo que de una manera general se aplica a la diócesis se puede aplicar concretamente a la parroquia. Dos o más presbíteros-párrocos pueden ser un diafragma un tanto más eficiente para transparentar a Cristo-Pastor.

Se pueden añadir una motivación de tipo sociológico que ayude a justificar la experiencia, a partir de una cierta tendencia de nuestro pueblo al caudillismo. Con esta expresión entendemos la propensión a idealizar una figura política o religiosa de manera exagerada, concentrando en ella un conjunto de anhelos y de responsabilidades. Esto tiene un aspecto positivo respecto de los párrocos, en la medida en que genera una proclividad para aceptar los rasgos humanos del párroco de turno. Pero también tiene una innegable veta negativa, al «personalizar» demasiado el ministerio, dificultando muchas veces tanto la acción pastoral de conjunto como la proyección en el tiempo de una línea pastoral y la sustitución de párrocos. Por otra parte, para el sacerdote «no carismático» (no líder por naturaleza), la excesiva demanda de liderazgo personal se le transforma en un añadido de agobio a su ministerio.

Estamos convencidos de que esta figura canónica no es apta para todos. Hay muchos sacerdotes que por personalidad o estilo prefieren trabajar solos, aun cuando busquen alguna forma de vida común con otros presbíteros (como lo recomienda *Presbiterorum Ordinis* 8). Pero nos ha parecido importante comentar esta experiencia a fin de destacar las posibilidades que abre esta figura relativamente nueva para un ejercicio de la vida común y del servicio pastoral adaptado a la complejidad del tiempo que nos toca vivir.

## **LOS SACERDOTES COMO ESPOSOS Y PADRES EL PRESBITERO Y SUS VINCULOS EN LA FAMILIA DE DIOS (III)**

---

Pbro. Carlos María Galli  
Buenos Aires

La identidad del presbítero adquiere nuevos matices al contemplar sus vínculos en la Familia de Dios. Después de haber ensayado una visión familiar de la Iglesia y de su ministerio en el primer artículo y de haberlo presentado como hijo y hermano en el segundo terminamos esta meditación teológica expresando nuestra vocación con las nociones de esposo y padre. Dada la riqueza del tema nos limitamos a algunas reflexiones fragmentarias.

Ambos títulos expresan una analogía entre los dos sacramentos sociales del matrimonio y el orden sagrado (ST I, 65, 1) ya que la sponsalidad que constituye al matrimonio y la paternidad/maternidad que lo convierten en familia brindan la base humana para entender la sponsalidad y paternidad propias de nuestro ministerio. Esta analogía se construye sobre la base de los sacramentos de iniciación comunes a todos los cristianos (CATIC 1533-1535). La consagración bautismal sostiene la consagración propia de los sacramentos de la madurez cristiana y la misión bautismal común enmarca la función particular de este binomio sacramental ordenado a la salvación de los demás y a la edificación del Pueblo de Dios .

### **6. LOS PRESBITEROS COMO ESPOSOS**

El presbítero, a la luz de la alianza sponsal entre Cristo y la Iglesia (a), se descubre como el amigo del Esposo (b) que por la caridad sponsal se entrega a la comunidad (c).

#### **a. LA ALIANZA ESPOSAL**

En el AT Dios se manifiesta como el Esposo que ama a su Pueblo como a su Esposa en razón de la Alianza (Os 2,16-25; Jer 2,2; Ez 16; Is 54,1-10; 62,5). La verdad de Israel como "la esposa de Yahveh" (Os 1,2) se confirma por la lectura patrística, monástica y carmelita del Cantar de los Cantares, que amplía la metáfora sponsal a la humanidad en general y a cada alma en particular. En el NT Jesús es el Esposo (Lc 5,33-35; Mt 25, 1-13; Jn 3,27-29) que realiza la unión entre Dios y el hombre con la imagen nupcial (Mt 22,1-5). La relación entre Cristo y la Iglesia, descrita en términos sponsales (Ef 5,25-32), es "un gran misterio" (Ef 5,32). Las Bodas del Cordero y de la humanidad hecha su Esposa en la Iglesia, por la elección divina y la respuesta creyente, son celebradas en la Cruz con el Vino de la Nueva Alianza (Jn 2,1-12) y alcanzan su plenitud en el Banquete de la Ciudad celestial (Ap 19,5-10; 22,16-21). Así la comunión entre Dios y los hombres alcanza su cumplimiento definitivo en Cristo, el Esposo que ama y se da como Salvador a la humanidad, a la que convierte en su Iglesia, uniéndola a sí como su cuerpo y entregándose en la cruz a ella como a su esposa. Por eso Santo Tomás considera a la Encarnación como un "cierto matrimonio espiritual contraído por el Hijo de Dios con la naturaleza humana" (ST III, 30, 1).

Según Juan Pablo II tanto en el AT como en el NT la figura de la esposa trata "de un sujeto colectivo y no de una persona singular. Este sujeto colectivo es el Pueblo de Dios, es decir, una comunidad compuesta por muchas personas, tanto mujeres como hombres" (MDi 25b). La Iglesia es el Pueblo-Esposa de Cristo, cuya "unión nupcial" se efectúa por una comunión gratuita y múltiple. Pero la Iglesia-Esposa no es una hipóstasis colectiva distinta de las personas que la integran sino la comunión de los fieles con Cristo y entre sí que forma al Pueblo de Dios. El sí de la Virgen realiza y significa del modo más excelente la respuesta esponsal de la Iglesia y de toda la humanidad a la oferta divina de la alianza de amor. Por eso María es "tipo" de la Iglesia, a la que personifica como Esposa y Madre. Y así como en 4c hicimos la correlación entre María y la Iglesia desde la perspectiva maternal aquí marcamos su circularidad en esta alianza esponsal. La Iglesia, constituida por el principio mariano, es "la María de la historia del mundo", como decía Hugo Rahner.

La combinación de las imágenes de cuerpo y esposa (Ef 5,23) permite comprender que "la unidad de Cristo y de la Iglesia, Cabeza y miembros del Cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal" (CATIC 796). Si la primera une sin confundir marcando la diferencia en la identidad la segunda distingue para unir marcando la identidad en la diferencia. Si cuerpo indica mejor la identidad, la naturalidad, la inmanencia, la organicidad, la vitalidad y la inmediatez esposa expresa con nitidez la alteridad, la elección, la trascendencia, la alianza, la intimidad y la mediatez. Si aquella marca la mística identidad personal ésta acentúa la diferenciación real de las personas. Si como cuerpo de Cristo el Pueblo de Dios está unido personalmente a Él como Esposa de Cristo es un sujeto colectivo formado por muchas personas vinculadas en la Nueva Alianza. Esa comunión corporal y esponsal de la Iglesia con Cristo se consume y se significa plenamente en la Eucaristía, que "es el sacramento del Esposo, de la Esposa" (MDi 26b).

Todas las vocaciones eclesiales reflejan la Alianza esponsal de Cristo con la Iglesia ya que "el matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y de vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo" (FC 16a). El matrimonio eleva la comunidad conyugal a la caridad esponsal de Cristo y así la recíproca pertenencia de los esposos "es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia" (FC 12g). La virginidad consagrada dispone "a la espera, incluso corporalmente, de las bodas escatológicas de Cristo con la Iglesia" (FC 16c) y por eso expresa a su modo a la Iglesia Virgen que, hecha Esposa de Cristo, vive a la espera de su Señor. Y por el orden sagrado el sacerdote "representa a Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia" (PDV 16b) y por eso es "imagen viva de Jesucristo Esposo de la Iglesia" (PDV 22c).

## b. EL AMIGO DEL ESPOSO

La vocación de representar al Esposo se puede entender por una sugestiva analogía: el sacerdote es, como Juan el Bautista, el amigo del Esposo (Jn 3,29), encargado de preparar a la Esposa al encuentro con su Esposo y Señor. Esta metáfora se comprende al tener en cuenta que en Israel el matrimonio se realizaba en dos etapas: el quiddusin, su comienzo, era un compromiso presente de mutua pertenencia, aun sin convivencia (Mt 1,18), que se dilataba en un período de tiempo no mayor de un año. A su término se celebraba el nissuin, comienzo de la vida en común acompañado por la consumación del matrimonio. Esta celebración incluía una procesión hacia la casa familiar de la esposa adonde llega el esposo para celebrar la fiesta y llevarse definitivamente a su mujer al nuevo hogar, como narra la

parábola de las diez vírgenes (Mt 25,1-13). En este contexto se entiende la figura del “amigo del esposo” a quien éste le confiaba algunas tareas del rito matrimonial, especialmente ayudar a la esposa en su purificación ritual, dirigir la procesión que llevaba al encuentro y entregar la esposa al esposo en el nissuin. Cumplida su misión aquel desaparecía.

El NT aplica esta analogía a distintas personas: al bautista que prepara al pueblo para el encuentro con el Mesías por la predicación y el bautismo (Jn 3,22-36); a los apóstoles (Mt 9,15; Mc 2,19; Lc 5,34) que están alegres y no ayunan por la llegada del Esposo para el quiddusin pero que, cuando él se vaya, deben cumplir su misión preparando a la esposa con ayunos y purificaciones para el nissuin; a Pablo que por su ministerio purifica a la comunidad para ser poseída plenamente por el Señor: “Yo estoy celoso de ustedes con el celo de Dios, porque los he unido al único esposo, Cristo, para presentarlos a él como una virgen pura” (2 Cor 11,2); y al mismo Jesús, a la vez Amigo y Esposo, que se entrega por su sacrificio en la Cruz para santificar a la Iglesia: “Maridos, amen a su esposa, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla. El la purificó con el bautismo del agua y la palabra, porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada” (Ef 5,25-27).

El ministro, amigo del Esposo, continúa esta tarea en nombre de Cristo, quien prepara a su Esposa para la consumación de la alianza sponsal en el banquete escatológico. El ministerio apostólico ayuda a peregrinar hacia el Esposo que viene y a preparar a la Esposa para que sea la virgen fiel que se entrega totalmente en el amor sponsal. Tal tarea requiere del amigo tanto la humildad del representante que sabe dejar el lugar como la alegría del testigo que asiste al encuentro: “En las bodas, el que se casa es el esposo; pero el amigo del esposo, que está allí y lo escucha, se llena de alegría al oír su voz. Por eso mi gozo es ahora perfecto. Es necesario que él crezca y que yo disminuya” (Jn 3,29-30). La gracia del orden es una gracia de amistad sponsal que sitúa al presbítero en el seno de la alianza sponsal y al servicio de la caridad amical entre Cristo y su Iglesia, entre Dios y su Pueblo.

Por eso la espiritualidad sacerdotal o pastoral está marcada por estos rasgos sponsales y amicales. Según Juan Pablo II el presbítero "está llamado a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo Esposo con la Iglesia Esposa. Su vida debe estar iluminada y orientada también por este rasgo sponsal, que le pide ser testigo del amor de Cristo como Esposo y, por eso, ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí misma, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de 'celo' divino (2 Cor 11,2), con una ternura que incluso asume matices del cariño materno, capaz de hacerse cargo de los 'dolores de parto', hasta que 'Cristo no sea formado' en los fieles (Gal 4,19)" (PDV 22c). La metáfora sponsal toma así matices femeninos y maternos.

### c. LA CARIDAD ESPONSAL

Los presbíteros, esposos o amigos del Esposo, nos consagramos al Pueblo de Dios sponsal y familiarmente y le servimos con la caridad pastoral que asume los rasgos del amor sponsal y célibe. El anillo episcopal significa la entrega del obispo a la diócesis como a una esposa y es símbolo de nuestra pertenencia sponsal a la iglesia particular en el servicio a sus distintas comunidades. Son muchas las actitudes de la caridad sponsal que el Espíritu



cultiva en nuestros corazones para servir al pueblo y a la comunidad como a una esposa, con la fuerza de un amor fiel, generoso, fecundo. Aquí nos referimos sólo al celibato como signo y estímulo de la caridad pastoral (PO 16a) mediante el cual, renunciando al matrimonio, realizamos “el significado esponsalicio del cuerpo mediante una comunión y una donación personal a Jesucristo y a su Iglesia” (PDV 29a). Este “no” a formar una pequeña familia se justifica por nuestro “sí” dado a Dios para entregarnos a su gran Familia en un intercambio amoroso de dones. Si el sacerdote es el gran don esponsal de Cristo para la comunidad la comunidad es también el gran don esponsal de Cristo para el sacerdote.

Hoy hay que vivir el celibato en una sociedad en la que una de las mayores amenazas a todo compromiso definitivo es la desilusión y el cansancio tempranos. La deserción de sacerdotes y religiosas jóvenes es paralela a la separación de los matrimonios que duran pocos años. Un factor que influye es la inmadurez afectiva, fruto de la extensión de la adolescencia en una sociedad devenida adolescente , con sus secuelas de inseguridad, narcisismo y apatía, que dificulta el asumir compromisos estables. Agravan eso la caída de ideales, la fragilidad para enfrentar lo arduo, la falta de esperanza, el refugio en el individualismo, el escepticismo precoz, las heridas psicológicas, las insatisfacciones propias del celibato, la excitación permanente del bien sensible, la sobrecarga de responsabilidades y muchos otros factores. Cuando es fuerte la tentación de erotizar los vínculos y las tareas pastorales para satisfacer las propias carencias el sacerdote debe vivir su vocación célibe desde sus motivos sobrenaturales y con las ayudas humanas adecuadas. Porque “el hombre no puede vivir sin amor” (RH 10) él debe integrar las riquezas y los límites de su afectividad convirtiendo el eros en agape y buscando con la ayuda de Dios la madurez humana, cristiana y sacerdotal para vivir un ministerio fiel y feliz .

“La educación al amor responsable y la madurez afectiva de la persona son muy necesarias para quien, como el presbítero, está llamado al celibato, o sea, a ofrecer con la gracia del Espíritu y con la respuesta libre de la propia voluntad, la totalidad de su amor y de su solicitud a Jesucristo y a la Iglesia” (PDV 44d).

Por otra parte, a la luz del reciente magisterio de Juan Pablo II , es necesario un nuevo planteo de la relación del sacerdote con la mujer y con las mujeres. Esto es necesario no solamente para evitar la tentación del amor exclusivo a una mujer, que nos quita libertad y dificulta la entrega total de la caridad esponsal al Pueblo de Dios, sino también para descubrir el sentido de lo femenino y el valor enriquecedor que tiene la presencia de distintas mujeres que acompañan nuestra vida sacerdotal. Por eso en el contexto de nuestro amor esponsal y célibe situamos brevemente ambos aspectos tan importantes.

Una bella expresión, repetida últimamente (MDi 6; CATIC 371), dice que la mujer es para el varón el otro yo de la humanidad común y, viceversa, el varón es para la mujer el otro yo en la misma humanidad. Nos encontramos, en la unidad de la naturaleza humana, con esta misteriosa unidad dual del ser humano entre el ser-mujer y el ser-varón, una de las dualidades constitutivas del misterio del hombre . El varón y la mujer son, con la misma dignidad, imagen de Dios y en su distinto modo de ser hombre “reflejan la sabiduría y la bondad del Creador” (CATIC 369). Por eso la humanitas es una unidad diferenciada que incluye tanto lo que es común a ambos como lo que es distintivo de cada sexo, o sea, lo femenino y lo masculino. Según el plan de Dios el varón y la mujer están llamados a hacer una unidad de dos formando: “El hombre y la mujer están hechos el uno para el otro: no

que Dios los haya hecho a medias e incompletos; los ha creado para una comunión de personas, en la que cada uno puede ser ayuda para el otro porque son a la vez iguales en cuanto personas... y complementarios en cuanto masculino y femenino” (CATIC 372). Los que hemos sido elegidos y hemos elegido por amor una vocación célibe valoramos esta verdad y sabemos por experiencia lo que significa la falta de esta complementación humana.

Escapa a esta simple nota abordar el misterio de lo femenino , componente de todo ser humano que se da propiamente en las mujeres y análogamente en los varones. El presbítero, que es varón, debe poner toda la riqueza de su humanidad masculina y su energía viril al servicio de su ministerio pastoral. Él actúa in persona Christi representando el amor sponsal de Jesús por la Iglesia y el amor paternal de Dios por la humanidad. Y enriquece la calidad de su amor con el cultivo de todas las virtudes humanas (PDV 43), incluso de aquellas que resaltan lo más femenino de lo humano, como la escucha, la receptividad, el cuidado o la misericordia, expresando los rasgos maternales del amor de Dios y sufriendo dolores de parto para generar la vida nueva en los hombres. Si cualifica así su amor pastoral él da testimonio de "que no se puede lograr una auténtica hermenéutica del hombre, es decir, de lo que es humano, sin una adecuada referencia a lo que es femenino" (MDi 22).

Por otra parte él vive y actúa en estrecha relación con las mujeres. En el artículo anterior (4,b), al tratar las mediaciones sacramentales de la maternidad de la Iglesia, me referí a las distintas mujeres que influyen más en nosotros siendo familiares, amigas o colaboradoras. La delicadeza de su amor femenino se expresa de muchas formas, afectivas y efectivas, como el respeto y la ternura, la compañía y la ayuda, el reconocimiento y el consejo, que alimentan nuestra confianza en Dios, la frescura de nuestra vocación y nuestra alegría en la entrega, ayudando a neutralizar las amenazas de la tristeza y el desaliento. Así ellas colaboran al necesario equilibrio de nuestros afectos, masculinos y femeninos, sacerdotales, religiosos y laicales, familiares, amicales y comunitarios. De esta forma manifiestan vivamente, con los rasgos de su amor fraterno y materno, que “las dos dimensiones fundamentales de la relación entre el sacerdote y la mujer son las de madre y hermana”, como dice la Carta del Papa del Jueves Santo del 1995 que se publica en este número de PASTORES.

## 7. LOS PRESBITEROS COMO PADRES

El presbítero, hijo de Dios por el don del Espíritu del Hijo en el bautismo, es hecho padre por la gracia del orden y está llamado a expresar sacramentalmente la paternidad de Dios (a) en una sociedad con crisis de paternidad (b) mediante su caridad paternal (c).

### a. SACRAMENTO DEL PADRE

La relación padre-hijo es consubstancial al hombre. Por eso “padre” es una palabra originaria e irremplazable de la historia cultural y religiosa y un símbolo fundamental de la fe cristiana y el ministerio sacerdotal. Como ya vimos en 4a ser padre denota tanto el origen y la comunicación de la vida como el amor y cuidado del hijo. El sacerdote está llamado a “representar” sacramentalmente ambos aspectos que se dan de un modo excelente en la

paternidad de Dios porque “Dios es origen primero de todo y autoridad trascendente, que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos” (CATIC 239).

Dios es Padre, Principio sin principio y plenitud fontal en la comunión trinitaria y por eso en la historia de la salvación. La riqueza de su ser es propia del acto primero: superabundancia de bondad, exceso de amor, comunicación fecunda de vida. El Padre es Generador del Verbo y Expirador del Amor y principio de las misiones del Hijo y del Espíritu al mundo. El Padre es el principio primero y el fin último de la historia de la salvación centrada en Cristo: “para nosotros no hay más que un sólo Dios, el Padre, de quien todo procede y a quien nosotros estamos destinados, y un sólo Señor, Jesucristo, por quien todo existe y por quien nosotros existimos” (1 Cor 8,6). El último año del trienio de preparación inmediata al Gran Jubileo del 2000 será una ocasión para meditar este misterio: “‘Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo’ (Jn 17,3). Toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura humana, y en particular por el ‘hijo pródigo’ (cf. Lc 15,11-32). Esta peregrinación afecta a lo más íntimo de la persona, prolongándose después a la comunidad creyente para alcanzar la humanidad entera. El Jubileo, centrado en la figura de Cristo, llega de este modo a ser un gran acto de alabanza al Padre: ‘Bendito sea el Dios y Padre nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo’ (Ef 1,3)” (TMA 49).

En nuestro siglo la imagen paterna se ha vuelto problemática para designar a Dios. ¿Cómo nombrar y representar a Dios, el Padre, en una sociedad sin padre? La pedagogía de la fe nos ayuda a pasar del padre al Padre recorriendo las vías tradicionales de la analogía (Sab 13,5; ST I, 13,1): causalidad, negación y eminencia. La paternidad creada procede del Padre (Ef 3,14) y por eso la vía causalitatis nos permite remontar a Dios y decir Dios es Padre. Si la experiencia del padre humano es muy deficiente la vía negationis nos ayuda a entender que Dios no es así sino que es un Padre diferente. Si la experiencia del padre humano es buena la vía eminentiae nos lleva a decir que Dios es así y mucho mejor, porque nadie es padre como lo es Dios: es un Padre eminente. “El lenguaje de la fe se sirve así de la experiencia humana de los padres que son en cierta manera los primeros representantes de Dios para el hombre. Pero esta experiencia dice también que los padres humanos son falibles y que pueden desfigurar la imagen de la paternidad y de la maternidad. Conviene recordar, entonces, que Dios trasciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer, es Dios. Trasciende también la paternidad y la maternidad humanas (cf. Sal 27,10), aunque sea su origen y medida (cf. Ef 3,14; Is 49,15): Nadie es padre como lo es Dios” (CATIC 239).

En 4b, hablando del presbítero como hijo, nos preguntamos por las mediaciones de la paternidad divina y la maternidad eclesial para nosotros. Luego en 5b nombramos el talante paternal del sacerdote pero nos dedicamos a comprender su éthos fraterno. Recordando aquello corresponde aquí indicar un aspecto complementario: el presbítero, por ser sacramento personal de Cristo, que es el Sacramento del Padre, se convierte en mediación sacramental del amor paternal de Dios para los hombres, sus hermanos. El magnífico decreto *Presbyterorum ordinis*, cuyo 30 aniversario estamos celebrando con este número, usa 21 veces la expresión Padre y todas ellas referidas a Dios (PO 2, 3, 5, 6, 7, 8, 12, 14,

16, 17, 18). En relación a Dios Padre se entiende la vocación del obispo, “enviado por el Padre de familias a gobernar su familia” (LG 27c), y con él la del presbítero, que debe tener con respecto a los fieles “la solicitud de padres en Cristo” (LG 28e). Por eso mucha gente nos llama cariñosamente padre sin perder de vista que hay un sólo Padre celestial (Mt 23,9).

#### b. CRISIS DE PATERNIDAD

Existen múltiples causas y consecuencias de la debacle del padre en la sociedad actual. Con W. Kasper distinguimos cuatro niveles interdependientes de esa crisis -social, síquico, antropológico y filosófico- a los que agregamos su repercusión religiosa. De ese modo cada uno de ellos sirve para cuestionarnos no sólo cómo invocamos al Padre en la oración y cómo le designamos en la predicación sino también cómo le representamos en nuestro ministerio.

a) Social: hay una crisis de la figura paterna en lo familiar que tiene sus repercusiones a nivel político y eclesial. En la sociedad moderna se ha acentuado tanto la ausencia como la búsqueda del padre. Junto a excelentes padres que cumplen con responsabilidad su misión nos encontramos con la carencia del padre por la fuga hacia los extremos del padre autoritario, con su correlato en el hijo reprimido, y del padre permisivo, con su consecuente hijo abandonico. La crisis del rol paterno es signo de la crisis mayor de los vínculos familiares que tiene otras dimensiones como, por ejemplo, la huida de la responsabilidad adulta, la falta de paradigmas de la madurez, la tendencia a apreciar al joven y despreciar al mayor o la dificultad para transmitir generacionalmente los valores. Si hoy somos sensibles al defecto de paternidad también rechazamos el paternalismo; y si necesitamos revalorizar la autoridad no es para recaer en formas de autoritarismo. Si tanto la autoridad como el amor corresponden a la figura del padre es lícito preguntarse si la crisis de paternidad conlleva tanto la falta de amor como de autoridad, con la consecuente crisis del sentido de la tradición. Esto tiene sus paralelismos en el nivel político donde faltan dirigentes y líderes que sean ejemplares, es decir, que encarnen valores en sus funciones institucionales. El amor al poder lleva a servirse del pueblo y lamentablemente reemplaza al poder del amor para servir al bien común de la sociedad. La crisis de credibilidad no hace de las figuras públicas un modelo a imitar sino, a lo más, un ídolo que se envidia o en todo caso se admira.

Como los ministros del Padre y de su Hijo Jesucristo no estamos exentos de los avatares del tiempo que nos toca vivir y del riesgo de desfigurar nuestra vocación es lógico preguntarnos ¿Cómo ser padres representando la paternidad (divina) en una sociedad donde hay crisis de la paternidad (humana) y rechazo del paternalismo (autoritario)? Si hoy faltan adultos que sean “modelos creíbles” (PDV 8e) para los jóvenes, ¿cómo hacer creíble al Padre “rico en misericordia” (Ef 2,4) mediante nuestra misericordia pastoral y paternal? ¿Y cómo hacer presente a Dios, fuente de toda paternidad (Ef 3,15) y de toda autoridad (Rm 13,1), por el ejercicio de nuestra autoridad paternal que es “servicio a la vida” (DP 249)?

b) Síquico: ha sido Freud quien ha descubierto al complejo de Edipo como núcleo de la neurosis y esencia del psicoanálisis. En un magnífico artículo P. Ricoeur desmonta la paternidad como fantasma y la recupera como símbolo. En el ámbito pulsional la megalomanía u omnipotencia del deseo infantil genera el fantasma de un padre cuyo poder sobre el hijo e incluso sobre la madre aquel desea para sí pero no puede conseguir. Sobre

ese complejo de castración se articula el deseo homicida que busca "negar o matar" al padre, del que proceden la glorificación del padre asesinado, la instauración de la culpa y la búsqueda de la reconciliación. Pero el problema no es cómo se entra o se describe sino cómo se sale del Edipo. Al estructurarse el psiquismo se destruye ese complejo aunque tenga algo de insuperable y por eso siempre se corra el peligro de la regresión. Su disolución pasa por el reemplazo de la identificación doblemente mortal por el reconocimiento mutuo del padre y del hijo en el que la diferencia es compatible con la semejanza y la rivalidad deja paso a la complementación. Esto incluye aceptar tanto al padre real, y por ello mortal, como al principio de realidad que él instaure frente a la búsqueda de placer sin límites y que ayude al hijo a identificarse como una persona distinta de la madre. Así el ser padre no se reduce a procreador ni proveedor sino que requiere el reconocimiento del padre hacia el hijo, que mueve el reconocimiento del hijo hacia el padre. Así como hay algunos padres biológicos que no reconocen a sus hijos también hay otros que, sin haberlos engendrado, los eligen y los reconocen como hijos convirtiéndose en padres (adoptivos). Por eso ser padre pasa por dar vida al hijo a través del amor que reconoce, acepta, cuida, educa, promueve y hace crecer.

En este marco, brevemente expuesto, nos preguntamos ¿Cómo reflejar el amor del Padre que reconoce la identidad y la responsabilidad de los hijos, según la parábola de los talentos (Mt 25,14-30)? ¿Cómo evitar, en una sociedad con muchas heridas psicológicas y a la vez muy sicologista, que el complejo del padre no resuelto arrastre a un "complejo de Dios" que vea al Padre a imagen y semejanza del padre y no al revés? ¿Cómo ser pastor, o sea, hermano y padre, reconociendo la dignidad de los otros y promoviendo el crecimiento de cada uno?

c) Antropológico: en las últimas décadas se ha planteado con crudeza la problemática antropológica de los sexos con sus componentes biológicos, psicológicos, espirituales y sociales. Se asiste al ocaso de la sociedad patriarcal, se afirma el movimiento por la emancipación de la mujer -que ya Pacem in terris identificaba como un signo de los tiempos (PT 41)- y se busca superar el conflicto entre machismo y feminismo afirmando la identidad y la complementación de los sexos. Junto a la legítima promoción de la dignidad y el protagonismo de la mujer en la Iglesia y en la sociedad, que requiere nuestra conversión de mente y de corazón, ha surgido cierta teología feminista radical que denuncia la sacralización ideológica del varón en la imagen de un Dios Padre con rasgos masculinos. Pero no se ve claro si eso lleva positivamente a la crítica profética del antropomorfismo y la purificación analógica del lenguaje o negativamente a una religiosidad poscristiana de divinidades maternas ligada al culto ecológico de la naturaleza. *Mulieris dignitatem* 8 nos enseña que la paternidad de Dios no es masculina ni femenina sino que tiene "un sentido ultracorporal, sobrehumano, totalmente divino". A este modelo absoluto, no-creado, se asemeja todo el engendrar propio del varón o de la mujer que llevan consigo la analogía con aquella paternidad "totalmente diversa: completamente espiritual y divina por esencia". Pues "Dios no es, en modo alguno, a imagen del hombre. No es ni hombre ni mujer. Dios es espíritu puro, en el cual no hay lugar para la diferencia de sexos. Pero las perfecciones del hombre y de la mujer reflejan algo de la infinita perfección de Dios: las de una madre (cf. Is 49,4-15; 66,13; Sal 131,2-3) y las de un padre y esposo (cf. Os 11,1-4; Jr 3, 4-19)" (CATIC 370).

En este contexto es lógico preguntarse ¿Cómo anunciar a un Dios que es padre pero que no es varón? ¿Cómo hacer presente su paternidad “eminente”, que tiene rasgos paternos y maternos, a través de la figura limitada de un sacerdote que es varón? ¿Qué cualidades de las mujeres y de los varones, de las madres y de los padres debemos cultivar para transparentar de un modo adecuado y elocuente, aunque siempre imperfecto, la paternidad divina?

d) Filosófico: hay una dimensión metafísica del problema del padre. La modernidad, que para algunos ha afirmado la “mayoría de edad” de la humanidad, es vista por otros como una “crisis de adolescencia” en la que la autoafirmación del hombre-hijo oscila entre el rechazo y la aceptación de Dios-Padre. El movimiento moderno de emancipación, como búsqueda legítima de la libertad humana ha llevado, en el prometeísmo secularista, a la pretensión ilegítima de liberación de la dependencia divina. La secularización plantea así la gran cuestión de la autonomía del hombre en el mundo oscilando entre la afirmación de su relativa secularidad o laicidad y la pretensión de una autonomía absoluta en el secularismo o laicismo (GS 36, DP 434, TMA 52). Por eso la Iglesia discierne la modernidad para valorar la afirmación de la legítima autonomía de la persona, la sociedad y la historia cuestionando al secularismo que encierra al hombre en su propia inmanencia y desconoce el actuar creador y providente de Dios. Su concepción participada y dialogal de la libertad rechaza aquella idea arbitraria que la concibe como una fuerza absolutamente autónoma de autoafirmación en orden al propio bienestar, sin límites objetivos, desprendida de toda vinculación a Dios y al prójimo, y que conduce al pecado de hacerse como Dios prescindiendo de Dios.

Este desafío pastoral para la Iglesia y sus ministros lleva a preguntarse ¿Cómo desarrollar la visión familiar de la fe y de la Iglesia tratando de encontrar y promover una síntesis vital de la Providencia paternal de Dios con la libertad filial y fraterna del hombre recreado por la gracia? ¿Cómo recoger desde la fe en la Providencia la legítima autonomía secular de la libertad de las personas y de los pueblos dando "un paso hacia las formas de vida secularizadas que el mundo urbano-industrial exige pero evitando que la secularidad se convierta en secularismo" (DP 774)? ¿Y cómo dar testimonio del amor del Padre que libera la libertad de los hijos para la plenitud del amor filial y fraterno?

### c. AMOR PATERNAL

Los presbíteros, signos e instrumentos de la paternidad divina, servimos al Pueblo con la caridad pastoral que “compendia” (PDV 27a) muchas virtudes y actitudes. Ella es derramada en nuestros corazones por el Espíritu (Rm 5,5) y es cultivada a través de la formación inicial y permanente. La caridad pastoral asume los rasgos del amor fraterno y paterno.

El presbítero es padre, en primer lugar, por su fecundidad ministerial, fecundidad de la Palabra que predica y del Sacramento que celebra en nombre de Cristo y de la Iglesia. Por su ministerio colabora a generar y edificar a la comunidad cristiana y así "la Iglesia engendra cada día a la Iglesia misma" (PDV 57d). Su singular paternidad pastoral, de un modo a la paternidad humana, comunica, cuida y educa la vida de la fe en las personas y las comunidades. Si un hombre se convierte en padre cuando tiene y reconoce a un hijo, el

sacerdote, sin dejar de ser hijo, se convierte en padre al transmitir ministerialmente, o sea, instrumentalmente, la gracia filial y fraterna a los hombres. Por eso somos y nos sentimos padres al dar a luz en el Bautismo, al absolver en la Reconciliación y al alimentar en la Eucaristía. Esta paternidad sacerdotal no se limita sin embargo a la actividad sacramental sino que se realiza y expresa a través de la triple función profética, sacerdotal y real (PO 4-6; PDV 26): somos padres al predicar y testimoniar la Palabra, al comunicar la Gracia por la economía sacramental, y al conducir a la comunidad con el servicio de la autoridad pastoral.

Consecuente con su realidad sacramental el presbítero es padre, en segundo lugar, por el ejercicio responsable de su caridad paternal. Así el hijo amado del Padre se vuelve padre amoroso en su Familia. Ser padre requiere, en efecto, el amor constante que lleva a querer afectivamente y a trabajar efectivamente por la comunidad. Como ya hemos visto el amor de Dios Padre tiene rasgos paternos y maternos; por eso “esta ternura paternal de Dios puede ser expresada también mediante la imagen de la maternidad (Is 66,13; Sal 131,2) que indica más expresivamente la inmanencia de Dios, la intimidad entre Dios y su criatura” (CATIC 239). Como Jesús (DM 3) el ministro debe representar esa paternidad maternal con todas las cualidades y en todos los actos de su ministerio de misericordia, especialmente con los pobres, enfermos y pecadores, con un amor fiel y generoso (*hesed*) y lleno de la compasión (*rahamin*), según “la entrañable misericordia de nuestro Dios” (Lc 1,78). Como Pablo sufre él dolores de parto hasta ver formado a Cristo en sus hermanos pues “aunque (ellos) tengan diez mil preceptores en Cristo no tienen muchos padres: soy yo el que los ha engendrado en Cristo Jesús mediante la predicación de la Buena Noticia” (1 Cor 4,15).

Para evitar que su paternidad sacramental se haga paternalismo y que su autoridad pastoral se vuelva autoritarismo el presbítero debe comprender y vivir el poder de la humildad y el servicio. Las dos distorsiones mencionadas son formas del clericalismo, afecto excesivo al poder clerical que se expresa en muchos manejos abusivos en la vida eclesial. Sin caer en los extremos de la omnipotencia soberbia ni de la impotencia pusilánime él debe aprender la sabiduría de la cruz que convierte la autoridad en servicio y reinvierte la debilidad en fuerza. Eso requiere una conversión constante para vivir su ministerium como una auténtica diakonía (LG 24a) y para evitar transformarlo en un factor de poder mediante el afán de dominio, la manía del control, la búsqueda de figuración o la tentación del existismo. Así cuidará su corazón para no sentirse dueño de las personas, las obras o las cosas apostólicas así como a veces algunos padres y madres se apoderan afectivamente de sus hijos. Así será un pastor “forma” del rebaño y un padre “modelo” de la familia por la humildad de su amor. Como se ve estos son apenas algunos de los tantos aspectos que corresponden a nuestro amor de pastores y padres pero que no podemos desarrollar con más profundidad.

Las consideraciones precedentes, que cierran este extenso estudio distribuido en tres artículos, son necesariamente limitadas y abiertas. No agotan de ningún modo un tema que es y será objeto de meditación constante para nosotros los pastores y que cada uno puede describir con sus propias experiencias y palabras. En perspectiva teológica han querido someter a la reflexión y al diálogo una visión familiar de la identidad del presbítero como hijo, hermano, esposo y padre en el misterio del Pueblo de Dios. Y en clave espiritual y pastoral son apenas un estímulo para que todos vivamos con más alegría la donación de nuestra caridad pastoral con los rasgos del amor filial, fraternal, esponsal y paternal.

## **CARIDAD PASTORAL Y UNIDAD DE VIDA**

---

Mons. Lucio Gera

### I Situación Actual. La década del '60

En la década del Concilio Vaticano II el problema capital relativo a los sacerdotes era el de la identidad sacerdotal. ¿Qué es un sacerdote? ¿En qué se distingue del laico? Fue aquel un tiempo en que comenzaron a hacer crisis muchas "identidades", algunas de ellas decisivas, fundantes de un específico estilo de vida, constitutivas de la conciencia de la propia misión y por lo mismo del sentido de la propia existencia en este mundo. Es así, que además de la referida al ser sacerdotal, sobrevenían otras interrogaciones: ¿cuál es la propia identidad nacional? ¿Qué es ser mujer? O bien, ¿qué es ser cristiano?

Sacerdote-laico, cristiano-marxista: se tendía entonces a eliminar las diferencias, lo cual era la manifestación de que estaba en crisis la conciencia de la propia identidad o de la percepción de la identidad de otros. Se podía pasar insensiblemente a la homogeneización, a la nivelación. El sacerdote se tornaba proclive a asumir actitudes, estilos de vidas o modalidades específicas del laico. Sería de interés investigar las causas y los condicionamientos histórico-sociales que produjeron este fenómeno, pero no es este el momento de hacerlo. Sin duda el fenómeno hacía parte de la búsqueda de una renovación interna por parte de la Iglesia, la cual en el Concilio había ya tomado conciencia clara del cambio de época. La crisis de identidad, la tendencia a la homogeneización, frecuentemente desmedida, integraba una lógica y comprensible reacción contra el modo como se habían antes entendido y vivido las identidades. Pues el resguardo de la propia identidad había llevado a la separación, al encerramiento, a preservarse en el ghetto y, obviamente, a la falta de reconocimiento, al desprecio o aun a la agresión de quien era diferente. La identidad de ser cristiano era vivida apologeticamente, por así decirlo. La identidad sacerdotal había sido vivida tan sacramentalmente, tan "segregadamente", que uno no podía hacer pie, siquiera como visitante, en ningún terreno secular.

### La década actual

Juan Pablo II, en su exhortación postsinodal PDV del 25-03-1992, constata que en estos últimos años se ha insistido en la necesidad de volver sobre el tema del sacerdocio, afrontándolo desde una perspectiva relativamente nueva y mas adecuada a las presentes circunstancias históricas. En consecuencia "la atención ha sido puesta no tanto en el problema de la identidad del sacerdote cuanto en problemas relacionados con el estilo de vida"<sup>1</sup> del mismo.

La cuestión de la identidad sacerdotal no ha sido por cierto abandonada. Podemos entender la observación hecha por el Papa en el sentido de que hoy en día no pesa una incertidumbre sobre el núcleo dogmático que especifica básicamente la identidad sacerdotal, como "participación de Cristo Cabeza", ni tampoco sobre el rasgo dominante que caracteriza la misión y el estilo de vida sacerdotal como "servicio". En este sentido por así decir, elemental, la identidad sacerdotal no se presenta como problema aguda y masivamente vivido, es decir, con la misma dramaticidad que en la década conciliar, aunque sigue siendo, obviamente, tema de la teología y espiritualidad del sacerdocio. Permanece, en



pacífica posesión, como tema fundamental y punto de partida desde el cual son encarados y reflexionados otros aspectos del sacerdocio. Un ejemplo de la rica reflexión teológica que desarrolla el tema de la identidad sacerdotal como fundamento de ulteriores reflexiones, es precisamente la Exhortación postsinodal PDV.

En esta, Juan Pablo II, al dirigir la mirada hacia este tiempo del final del tercer milenio del cristianismo, señala como actuales los problemas relacionados con el estilo de vida de los sacerdotes. Esta referencia general se particulariza, entre otros, al siguiente aspecto: "Los sacerdotes que están ya en ejercicio del ministerio, parece que hoy sufren una excesiva dispersión en las crecientes actividades pastorales y, frente a la problemática de la sociedad y de la cultura contemporánea, se sienten impulsados a replantearse su estilo de vida y las prioridades de los trabajos pastorales..."<sup>2</sup>.

A esto mismo alude la Carta de invitación a las presentes Jornadas de sacerdotes<sup>3</sup>, cuando indicaba que "el tema de este año responde a la necesidad de unificar todos los aspectos de nuestro sacerdocio en torno a la caridad pastoral"

La primera de estas citas nos habla de "crecientes actividades". Uno piensa en la cantidad de cosas que muchos sacerdotes tienen que ejecutar dentro del día, o de una unidad de tiempo casi siempre estrecha, sobre todo, si las tareas que han de hacer, se desarrollan en diversos lugares pastorales (parroquia y hospital; parroquia y colegio; parroquia y cárcel, etc). Sobreviene la moderna "angustia del hacer", que se manifiesta en la sensación de estar uno siempre lleno de trabajo de nunca acabar, de estar siempre retrasado, hasta llegar a la perversa ilusión de que el día tuviera más de veinticuatro horas

La otra cita se refería a los muchos "aspectos de nuestro sacerdocio". Se podía pensar al respecto en los diversos tipos de tarea que puede tener que enfrentar un sacerdote: de orden económico, de conducción directa de una comunidad, de orden caritativo y promocional, de índole específicamente religiosa, administración de sacramentos, o predicación y catequesis, de atención a las personas y organización de las cosas. El mismo sacerdote ha de convocar a la sede parroquial, visitar las familias e instituciones del barrio y además estar presente en reuniones u obligaciones de índole supraparroquial. Esta diversidad de aspectos se agrava obviamente por el hecho de que ha de pasar de uno a otro aspecto, de uno a otro servicio, rápidamente, sin disponer de un suficiente tiempo intermedio que le permita no solo prepararse técnicamente, sino también de disponerse psicológicamente a esta constante transición.

A todo esto hay que añadir el desdoblamiento o el desequilibrio que puede fácilmente producirse en la vida sacerdotal, entre el despliegue en la dimensión exterior de la actividad pastoral y la dimensión propia de un recogimiento interior a la que todo sacerdote, en virtud de su propia vocación está llamado. Las palabras de los dos santos que citaremos luego nos orientan en este sentido

#### Un problema permanente

Este, que la Exhortación postsinodal de Juan Pablo II señala como uno de los problemas que afectan a los sacerdotes en la actualidad, había sido ya señalado en la década del '60 por el mismo Concilio. El Decreto PO, con el Subtítulo "Unidad y armonía de la vida de los

presbíteros", trae al respecto estas sugestivas palabras: "En el mundo moderno, en que los hombres deben cumplir tan múltiples deberes y es tanta la variedad de los problemas que los angustian y que con frecuencia requieren ser inmediatamente resueltos, corren el peligro de disiparse en diversidad de cosas. Por su parte los presbíteros, envueltos y distraídos en las muchísimas obligaciones de su ministerio, buscan con ansiedad como reducir a unidad su vida interior con el tráfigo de la actividad externa"...<sup>4</sup>

Este texto, como el de PDV 13 citado mas arriba, y, en general los documentos posconciliares suelen presentar este problema de la unidad de vida como uno de los sobresalientes y mas extendidos en lo que se refiere a la situación espiritual y vital de los sacerdotes. Es, sin duda alguna, un problema agudizado al máximo por las características de la sociedad y la cultura contemporáneas, así como por la creciente complejidad e importancia de la tarea pastoral y evangelizadora, que ha acarreado consigo la propuesta de renovación hecha por el Vaticano II, precisamente ante el fenómeno de la evolución de la vida moderna. Es, sin embargo, un problema de todos los tiempos, lo cual no diluye su importancia, sino que por el contrario, la confirma e intensifica, al presentarlo como una tensión inherente a la existencia sacerdotal, al menos de aquellos sacerdotes dedicados ex officio a la tarea pastoral con los fieles cristianos. De esta permanencia del problema pueden ser testimonio las palabras de dos santos de siglos anteriores, cuya memoria celebramos precisamente en el presente tiempo litúrgico<sup>5</sup>.

Uno de ellos es San Vicente de Paul, nacido un par de décadas después del Concilio Tridentino, que ejerció como párroco en París y fundo una Congregación destinada a la formación del clero y al servicio de los pobres, quien escribía en una de sus cartas: "El servicio de los pobres ha de ser preferido a todo y ha de ser prestado sin demora. Por esto, si en el momento de la oración hay que llevar a algún pobre algún medicamento o un auxilio cualquiera, id a el con el animo bien tranquilo y haced lo que convenga, ofreciéndolo a Dios como una prolongación de la oración. Y no tengáis ningún remordimiento de conciencia si, por prestar un servicio a los pobres habéis dejado la oración; salir de la presencia de Dios por alguna de las causas enumeradas no es ningún desprecio a Dios, ya que es por el por quien lo hacemos"<sup>6</sup>.

El otro testimonio de San Gregorio Magno, que vivió en el siglo VI, quien, después de haber sido prefecto de Roma, se entrego a la vida monástica y, después de haberse desempeñado como Legado pontificio en Constantinopla fue elegido Papa. Un hombre, pues, que participo intensamente de la soledad contemplativa, por una parte, y, por otra, de la vida publica, civil y eclesiástica. Nos dice en una de sus Homilias: "Cuando estaba en el monasterio, podía guardar mi lengua de conversaciones ociosas y estar dedicado casi continuamente a la oración. Pero, desde que he cargado sobre mis hombros la responsabilidad pastoral, me es imposible guardar el recogimiento que yo querría, solicitado como estoy por tantos asuntos. Me veo, en efecto, obligado a dirimir las causas, ora de las diversas Iglesias, ora de los monasterios y a juzgar con frecuencia de la vida y actuación de los individuos en particular; otras veces tengo que ocuparme de asuntos de orden civil, otras, de lamentarme de los estragos causados por las tropas de los bárbaros. Otras veces debo preocuparme de que no falte la ayuda necesaria a los que viven sometidos a una disciplina regular, a veces tengo que soportar con paciencia a algunos que usan de la violencia, otras en atención a la misma caridad que les debo, he de salirles al encuentro. Estando mi espíritu disperso y desgarrado con tantas diversas preocupaciones, como voy a

poder concentrarme para dedicarme por entero a la predicación y al ministerio de la palabra...?7.Y así prosigue expresándose por este estilo en este texto, que merecería ser leído entero.

### Un problema acuciante

Las expresiones con que se suele proponer la oposición inherente a los extremos de este problema, resultan a veces imprecisas y hasta ambiguas, pero sugestivas.

Así cuando se lo plantea como contraste entre un estado de disipación en el mundo exterior sensible y la búsqueda de recogimiento en la interioridad del sujeto, diáspora hacia fuera y retorno a si mismo. O bien, entrega a la acción y regreso a la contemplación; solicitud con las criaturas y desatención de Dios.

Tal vez lo mas acertado sea ingresar al problema proponiéndolo, como hacen los citados textos del Magisterio, en términos de multiplicidad y unidad, dispersión y unificación. Multiplicidad no quiere aquí decir tan solo diversidad sino disociación; y no es un mero atributo de las realidades exteriores en relación a las cuales el sacerdote actúa pastoralmente, sino un estado que afecta al sujeto, al sacerdote actuante. La experiencia interior del sacerdote disperso o falta de unidad, es la de tener que "multiplicarse" en muchas cosas, en muchos quehaceres. El mismo sujeto se vive como "muchos". En la ausencia de una unidad de vida la conciencia se vive disgregada, se experimenta en un estado de disociación; uno se vive como múltiples fragmentos; la vida no es vivida como una continuidad, sino constantemente interrumpida, rota, "a trozos". Es obvio que semejante estado, cansa. Porque las fuerzas psíquicas y espirituales, al desparramarse, se desconcentran y debilitan. Por eso precisamente, en el recogimiento, que es lo contrario de la disipación, uno busca recoger las fuerzas y reunir las. Quien no logra recogerse, y sigue en múltiples acciones pero sin recogimiento, actúa de manera disociada. El sujeto se disocia de sus propias actividades y, al realizarlas, no habita en ellas. Lo que se disocia es el sujeto de su propia acción o bien, la acción, de la interioridad del sujeto. Se hacen las tareas pastorales pero no "desde dentro", y, por lo mismo sin "autenticidad", desde otro origen, esto es, espúreas. La interioridad esta paralizada, no otorga sentido, valor, en una palabra "espíritu" a las acciones que realiza; no les otorga "novedad", en ultimo termino, la novedad del amor, que siempre hace nuevas las cosas viejas, repetidas y reúne las acciones dispersas. Por eso las acciones brotan voluntaristicamente, esto es, mecánicamente, embargadas por la rutina, el tedio, el fastidio. Al cansancio exterior, orgánico y psicológico, comienza a añadirse la fatiga espiritual, con tintes de la clásica "acedia".

Se trata de un problema crucial para el sacerdote, porque atañe al centro unificador de su personalidad, a la unidad de su conciencia, de la que le brotan el sentido y valor - por eso la unidad - que damos a nuestra vida.

La unidad es una cara del ser. La dispersión en la multiplicidad del hacer es perdida de unidad y por ello olvido de si mismo, olvido del propio ser - de la propia "unción", identificatoria de nuestra consagración y misión. Lo cual nos sugiere que este problema, el de la unidad de vida del sacerdote esta en estrecha conexión con el de la identidad sacerdotal, en alusión al cual hemos comenzado estas consideraciones.

### II Orientaciones

Un alivio en esta situación de dispersión de la vida sacerdotal no puede ser buscado por el camino de la simple supresión de la multiplicidad de tareas. Puede ser conveniente una simplificación, mediante una disminución de las mismas, pero, aun cuando estas disminuyeran, subsiste el problema de darles una unidad a partir de un elemento positivo y subjetivo, que las apropie y articule.

### La organización exterior

La ausencia de unidad, se manifiesta en la dimensión externa de la actividad pastoral. Proviene no solamente de la mera diferencia entre las tareas, sino de su disociación: parecen ir "en distinto sentido", con diverso rumbo. Naturalmente esta situación condiciona la vida interior del sacerdote, que se desarrolla en su conciencia, en su corazón. El estado caótico de las múltiples y disociadas tareas tiende a invadir la zona de la interioridad. Por eso, el texto antes citado de PO, plantea la cuestión interrogando como podrán los presbíteros mantener la unidad de "vida interior" al estar tan fuertemente condicionados por la dispersión de las tareas externas. La multiplicidad de tareas exteriores y su reciproca dispersión y falta de unidad, tiende a dispersar al sacerdote, a extraviarlo desde el centro de unidad interior hacia la exterioridad del múltiple hacer, desdoblado en dos niveles de existencia: el de las tareas exteriores, como actividad "pastoral", por un lado y, por otro, el de su vida interior, que no sería ya pastoral, sino puramente "espiritual". En el debate conciliar acerca del documento sobre los presbíteros, los primeros planteos y las primeras tomas de posición podrían haber dado pie a que la reflexión se encaminara hacia una solución dualista: unos insistían en centrar la cuestión en la misión evangelizadora (pastoral), del sacerdote, mientras que otros contraponían que lo esencial de la renovación sacerdotal debía situarse en el plano de la santidad (espiritualidad), considerada ante todo en la relación del sacerdote con Dios.<sup>8</sup>

Pero, la actividad pastoral del sacerdote ha de desarrollarse en la doble dimensión exterior e interior, así como su vida espiritual se establece normalmente en la interioridad de su conciencia y en la exterioridad de la acción. Debido a esta compenetración de ambas dimensiones, la solución a la falta de unidad de vida hay que buscarla íntegramente, esto es, por un lado, tratando de disminuir los condicionamientos negativos provenientes de la multiplicidad externa de las tareas, y, por otro, fortaleciendo la interioridad espiritual hasta un grado que permita superar los condicionamientos negativos.

Pero, como la situación exterior es más inmediata y fácilmente percibida, puede parecer lo más obvio a cometer la tarea de mantener una unidad de vida amenazada o, eventualmente, de rehacerla, poniendo remedio a la multiplicidad de las tareas externas; vale decir, poniendo orden en ellas, organizándolas.

Ahora bien, la actividad externa está regida por el espacio y el tiempo. Para organizarla hay que poner una medida al espacio y tiempo en los que se despliega dicha actividad, así como al número de tareas que se quiera realizar. El criterio de organización externa, como podemos apreciar, está tomado del plano de la cantidad, de la medida y el número.

A partir de este criterio podrá juzgarse necesario limitar el espacio de actuación pastoral, suprimiendo alguno de los varios lugares donde se actúa pastoralmente (p. ej. parroquia-carcel-hospital-colegio-otras tareas extraparroquiales, etc.).

También podrá ser necesario reducir el tiempo directamente dedicado a la ejecución de tareas pastorales cediéndolo al descanso, a la oración, a la lectura y reflexión etc.). Esta

reducción de espacio y tiempo obligara seguramente a reducir el numero de tareas ejecutivas a las que puedan ser contenidas dentro del espacio y tiempo delimitados.

De este modo, el sacerdote comienza a organizar - y así a unificar - la propia actividad pastoral y con ello la propia vida, poniendo limites, trazando fronteras a la propia actividad. Así como ha de rehuir la pereza y la inacción, así también ha de evitar la tentación de dejarse llevar por el "moto perpetuo" del activismo; ha de eludir la ilusión de que el espacio y tiempo de actuación pastoral son indefinidos, que el propio hacer pastoral es infinito. El sacerdote ha de aprender a dejar espacio de actuación a otros; sobre todo a dejarle su específico espacio de acción a Dios, de quien el sacerdote no es mas que un instrumento y a quien solamente pertenece la omnipotencia.

Todavía, para organizar la propia actividad pastoral, ha de ser distribuido y ordenado el conjunto de tareas pastorales que se quiera realizar dentro del espacio y tiempo preestablecidos. Se las ordena fijando prioridades esto es, estableciendo una jerarquía entre ellas. Juan Pablo II, en el ya citado texto de PVD 3, aludía al hecho de que "frente a una excesiva dispersión en las crecientes actividades pastorales", los sacerdotes se sienten impulsados a replantearse la cuestión de "las prioridades de los trabajos pastorales".

Al jerarquizar dichos trabajos conforme a determinados centros o fines prioritarios, se los ordena y así se les confiere un nuevo elemento unificador. Nuevo, porque las prioridades pueden ser fijadas no ya a partir de una medida cuantitativa (delimitación de espacio y tiempo), sino de un criterio cualitativo, a saber, del juicio sobre la cualidad axiológica de las tareas que se quiere realizar, juicio que discierne entre el mayor o menor sentido y valor de las mismas.

Para establecer esta jerarquía -que da unidad- hay que valerse, en forma conjugada, de diversos criterios de discernimiento y opción. Ante todo el criterio basado en la naturaleza misma de las acciones que se quiere realizar (medios y fines). Luego, el criterio de importancia, basado en el mayor o menor valor de los bienes que se desea comunicar (crecimiento en la fe, gracia de los sacramentos, unión de la comunidad cristiana, promoción humana) a través de las correspondientes diversas tareas pastorales. Añadamos el criterio de urgencia, conforme al cual se evalúan las necesidades existentes en un grupo humano destinatario de la acción pastoral del sacerdote: necesidades mayores o menores, mas o menos extremas, que determinan diversos grados de urgencia para ser atendidas (necesidad del pan de la palabra, o del pan material, etc.). Estos tres son criterios de carácter mas objetivo; los tres han de ser conjugados para optar por una u otra prioridad. Pero, como diremos, la opción depende también de otro criterio de índole subjetiva, que es la propia vocación de quien establece opciones y prioridades, en el caso, la vocación sacerdotal, a la que corresponden servicios específicos.

Por cierto, la tarea de construir una unidad de vida sacerdotal no se concluye con todo lo dicho. Ya el Decreto PO, a continuación de un texto que comenzamos a citar al comienzo, llamaba la atención sobre el hecho de que "la unidad de vida no pueden lograrla ni la mera ordenación exterior de las obras del ministerio, ni, por mucho que contribuya a fomentarla, la sola practica de los ejercicios de piedad"<sup>9</sup>. La organización externa de las tareas pastorales es necesaria, pero no es todo; no es siquiera lo principal.

## Amoris Officium

El amor de caridad centrado en Dios, nos impulsa a amar a todos los hombres, aun a los enemigos. Esto no es solamente una obligación, sino un impulso inherente al amor. El amor

es de tendencia universal; de ello es signo el sentimiento de solidaridad extendido hacia la entera humanidad, que, al menos en extremas situaciones, afecta a muchos hombres.

Ahora bien, en la dimensión interior, cuya sede es el corazón, donde reside como afecto de unión con quienes se ama y como deseo de promoverlos a mayor bien, puede nuestro amor expandirse mas allá de nuestro limitado espacio y tiempo, mas allá del requerimiento inmediato de quienes nos son próximos; puede llegar a todos, aun cuando distantes y desconocidos. "Quien habita en Roma sabe que los de la India son miembros suyos".<sup>13</sup>

Por su misma naturaleza el afecto de amor tiende a ser eficaz a través de la oración externa (porque "obras son amores"); sin embargo no siempre puede pasar a la ejecución, no siempre puede hacer efectivo su propio afecto y deseo interior; no obstante su tendencia universal no puede llegar a todos, mediante la acción eficaz.

En esta dimensión externa del hacer, el amor queda limitado, no puede hacer todo, no puede superar barreras de espacio y tiempo, y, aun con quienes le están cercanos, no puede realizar todas las formas de acción teóricamente posibles conque acudir en su ayuda, no puede cubrir todas las necesidades. Si bien en el nivel afectivo tiene el amor una amplitud universal, en el de la eficacia de la acción externa es limitado. Quisiera poder llegar a todos, pero no puede. De aquí el desequilibrio inherente a nuestro amor en el tiempo de esta presente historia.

Cuando Teresa de Lisieux expresa su veleidad de ser simultáneamente guerrero, sacerdote, apóstol, doctor, mártir, etc., y su imposibilidad de ser todo eso, pone de manifiesto esta tendencia a una eficacia universal pero irrealizable en el nivel de la acción externa"<sup>14</sup>.

En este orden externo, el amor ha de optar entre proyectos de vida y de acción diversos y excluyentes, porque cada uno de ellos implica prioridades diversas y excluyentes, que por lo mismo quedan contenidas dentro de límites ineludibles. Estos proyectos de vida, cada uno con su propia prioridad particular, se inscriben en el horizonte de la misma prioridad radical de la caridad que los fecunda. Son los proyectos expresados en las particulares vocaciones, a las que cada uno de nosotros somos personalmente llamados y por las cuales optamos: estado de vida, particular función o servicio según el ministerio o carisma que se ha otorgado a cada uno, inclinaciones personales que pueden ponerse a disposición de la iglesia o de la sociedad. Todos estos proyectos de vida son, para quienes están llamados a ellos, "amoris officium", en el amplio sentido de "obligación de amor", tareas o formas de vida a las que el amor se obliga, "compromisos del amor", en el fondo "auto entregas de amor", porque se supone que uno los asume no movido por el interés egoísta sino por el desprendimiento y la capacidad de donación gratuita que otorga el amor.

Pero son proyectos diversos. En el interior de cada uno de ellos rigen prioridades particulares diversas: en el proyecto de Vicente de Paul rige la prioridad del "servicio"<sup>15</sup>: es su oficio. En el estatuto de vida benedictina, el officium, también con el significado mas preciso de "tarea o quehacer" - "opus Dei" - fijado prioritariamente, es el rezo acomodado a las diversas horas del día: "Operi Dei nihil praeponatur", dice la Regla de Benito. En el cuadro de la vocación al sacerdocio, la tarea específica es la de "apacentar al rebaño"; el decreto PO le aplica, tomándolo de San. Agustín, la cualidad de ser "amoris officium"<sup>16</sup>: es una fórmula hermosa y rica: reúne en si la idea de que el sacerdocio es una carga que se acepta por amor, por motivo desinteresado y gratuito, y también la idea de que se trata de un "officium" en el sentido activo - de acción pastoral, vida activa - que por etimología (y tal vez por uso en Derecho Canónico) adhiere a la palabra que deriva de *facere*.

La unidad de vida la otorga básicamente la caridad. La otorga en toda su concreción, en el tiempo de esta historia regida externamente por el espacio, el tiempo y la distancia, el

particular proyecto de vida al que estamos llamados. Aquí es determinante la idea de vocación y por lo mismo de misión: aquello a que Dios nos llama y nos envía. Esto parece conjugarse con la orientación que PO ofrece en definitiva a los presbíteros, para que puedan construir una unidad de vida sacerdotal-pastoral: "La unidad de vida...pueden...construirla los presbiterios si, en el cumplimiento de su ministerio, siguieren el ejemplo de Cristo, cuya comida era hacer la voluntad de Aquel que lo envió para que llevara a cabo su obra" (Jn 4,34). "Voluntad de Dios" ha de ser entendida en dos aspectos muy implicados entre sí. Para el sacerdote la voluntad de Dios es ante todo su vocación, su sacerdocio como proyecto global y decisión asumida para la vida. Es la intención, fundada y mantenida por la caridad pastoral, intención que, como horizonte vital y permanentemente renovado unifica nuestra vida sacerdotal. Pero además, la referencia del texto conciliar a Jn 4,34, en la que Jesús expresa que su comida es hacer la voluntad del Padre, nos lleva a pensar en algo puntual, lo cotidiano (porque del alimento cotidiano se trata). Lo cotidiano, lo que cada día puede sobrevenir es lo no previsto, lo desconcertante, y también, en la vida sacerdotal, lo múltiple, el riesgo de fragmentación interior. Si pudiéramos caer en la cuenta que toda esa multiplicidad y dispersión cotidiana constituye el acontecer de la historia -de nuestra pequeña historia- ; acontecer, que no nos sobreviene anónimamente, sino al que Dios nos envía y en el que nos mete y nos "inserta", es decir, nos compromete cotidianamente, entonces podríamos tal vez convertirlo en vivencia personal de la voluntad de Dios, que, recogida por nuestro amor a El, nos sostuviera y nos unificara en las profundas raíces de nuestra vida interior, en el cruce profundo de nuestro vivir, aun cuando en la superficie, el viento de la multiplicidad siguiera dispersando las olas en todo sentido y aparente contrasentido.

En el corazón de Cristo. En el corazón de la Iglesia.

Estas consideraciones sobre la unidad de vida sacerdotal dejan una gran laguna. No se ha hablado de Cristo. Y, en verdad, si se habla de caridad, si se habla del sacerdocio, no se podría dejar de hablar de El.

Dios, el Padre, también el Espíritu, la Trinidad toda, esta y se manifiesta en Cristo. Nosotros estamos llamados a poner a Dios Trino en el centro, como prioridad de nuestro amor, ingresando por el camino que es Cristo, a la vez permaneciendo y quedando en este centro del mundo que es Cristo, que además de camino es "templo", termino de nuestro peregrinar.

Esto vale de un modo específico, para el sacerdote. Juan Pablo II se demora particularmente en reflexionar y presentar al sacerdocio como relación con Cristo, participación de Cristo Cabeza, Pastor y Esposo. La introducción de una reflexión sobre Cristo Esposo de la Iglesia, en una teología del sacerdocio, es en parte novedosa y llamativa pero, sobre todo, fecunda.

Si una teología del sacerdocio encuentra su punto de reflexión básico y específico en la afirmación que este ministerio está constituido por una relación con Cristo en tanto esposo de la Iglesia, una espiritualidad teológicamente fundada ha de derivar la consecuencia de que el eje de la vida sacerdotal está dado por su amor centrado en Cristo-Esposo. El sacerdote es "el amigo del esposo". Su figura es así presidida por modelos como el de Juan el Bautista, aquel a quien corresponde, por misión y vocación, señalar hacia Cristo y llevar a Cristo.

Aquí esta el núcleo de la unidad de vida sacerdotal, la raíz: el sacerdote ha de integrar en el círculo de su amistad con Cristo, el Esposo, a los hombres, para llevarlos, como Iglesia-Esposa, a El. En su corazón, ligado por amistad al corazón de Cristo, el sacerdote recoge a los hombres, para llevarlos a corazón de Cristo. Cristo, que es el corazón del mundo.

La caridad trasciende las formas particulares externas de realización: esta presente en todas y trasciende a cada una de ellas. La caridad no se identifica adecuadamente con la oración (la religión, como virtud), aunque por cierto, se expresa connaturalmente a través del culto. Tampoco se identifica adecuadamente con el servicio exterior: las obras de misericordia, aunque por cierto, se realiza y se expresa connaturalmente a través de estos servicios. Pero el amor, en su dimensión interior, como raíz interior, excede las formas particulares en las que se realiza y expresa (es así que puede estar presente en todas ellas, diversas y múltiples, inspirándolas y unificándolas).

Cuando Teresa de Lisieux dice que su vocación es el amor, significa algo mas que el simple hecho de que su vida esta entregada a la oración en el seno de una comunidad carmelita. Dice que el amor, como afecto radicado en la interioridad del corazón, (afecto de unión con Cristo y deseo vehemente de saciar su de almas) es lo que esta en la raíz de toda vocación particular, de todo carisma, de todo oficio eclesial. En el amor están contenidos, de modo eminente, todos los oficios y formas de vida.

Tal vez haya que explicar - sobre todo para los sacerdotes ancianos, o enfermos, que no están ya sobreexigidos por una multiplicidad de tareas, que cada vez pueden hacer menos y tal vez ya muy poco o nada, - que el amor, aun solo como afecto interior, es eficaz. Es eficaz aun antes de llegar a formalizarse como oración; aun cuando no puede concretarse como servicio y obra de misericordia o ministerios exteriormente ejercido. Es eficaz por su pura cualidad de amor, de unión con Dios, de deseo ante Dios de bien para los hombres; o bien, que el amor siempre, de un modo eminente y virtual, es oración: es oración en su raíz, "in radice caritatis". Que el amor es siempre servicio, porque es mas que servicio: es autodonación, raíz de servicio. Además, que el amor, aun cuando es externamente impotente, niño, inútil, aun cuando no puede hacer, hablar, reflexionar, simplemente porque es gratuito, es en Cristo, recogido por Dios y tornado eficaz por su poder. Nuestro amor es recogido, en le corazón de Cristo, por el amor de Dios y consecuentemente también por su poder.

#### NOTAS

<sup>1</sup> PDV 3e

<sup>2</sup> PDV 3f; el subrayado es nuestro

<sup>3</sup> El presente artículo es una versión corregida y modificada en algunos detalles, de dos platicas de un Retiro espiritual en las Jornadas del Clero joven de la Arquidiócesis de Buenos Aires, durante el mes de Septiembre de 1994.

<sup>4</sup> "PO 14.

<sup>5</sup> Ver nota 3.

<sup>6</sup> "Correspondance, entretiens, documents", París 1922- 1925 Carta 2546. Selección de esta carta traducida en la edición argentina de "Liturgia de las horas" 27 de septiembre: San Vicente de Paul, IV 1393-1395.

<sup>7</sup> Homilias sobre el profeta Ezequiel, Lib. I,11, 4-6: CCL 142, 170-172. Texto traducido en la edición argentina del libro de las horas, 3 de septiembre: San Gregorio Magno, IV 1338-9s

<sup>8</sup> Cf. A. Ancel, Un nouveau type de prete, en la nouvelle image de l'Eglise (B. Lambert dir.) Mame, 1967, p.148

<sup>9</sup> PO 14 a

<sup>10</sup> "... sicut si aliquis habet amicitiam ad aliquem hominem, ratione cuius diligit omnes ad illum hominem pertinentes", Tomas de Aquino, II-II 23, 1 ad 2m.



<sup>11</sup> Pablo VI, Discurso de clausura del Concilio Vaticano II del 7 de diciembre de 1965, n.º17 (12) Cf PO 14 passim, 15, 16, 17. Reaparece con mucha frecuencia en PDV: ver p. ej. sobre caridad pastoral y unidad de vida n° 23a, g; 27a; 72i.

<sup>13</sup> Const. Lumen Gentium 13 a, citando a San Juan Crisostomo

<sup>14</sup> Teresa de Lisieux Manuscritos Biográficos, en Obras completas (Setien), 7a ed., Monte Carmelo, Burgos pag. 227 ss.

<sup>15</sup> Prioridad de servicio al pobre, que no es lo mismo que prioridad del pobre. En el primer sentido se trata de una tarea o servicio que tiene prioridad en el proyecto de una Institución, de un fundador o de un individuo particular. En el otro sentido de "prioridad del pobre" mismo, se entiende de la dignidad que este tiene y que le ha de reconocer toda la Iglesia, todos los miembros de la Iglesia, aunque no se dediquen, en su propio proyecto de vida, a la atención del pobre como tarea prioritaria.

<sup>16</sup> PO 14b, nota 23: "Que sea tarea de amor - amoris officium - apacentar el rebaño del Señor", San Agustín, Tract. in Ioann. (132,5).

## **EL SACERDOTE Y LA MUJER**

---

Elena Araujo de Scasso  
Castelar

La intención de este trabajo es aportar algunas reflexiones desde la experiencia de mujer de Iglesia. Han sido escritas con un profundo afecto por los sacerdotes, afecto que se nutre de la fe común en Cristo el Señor, la pertenencia a la Iglesia, el servicio a los hermanos. Sé de su generosidad, de su fidelidad al Evangelio, de su entrega en Cristo al Pueblo de Dios. Y este trabajo, a pesar de su pobreza, intenta acompañar algunas de sus dificultades. Humildemente pongo estas líneas en manos del Señor y de ustedes, sus ministros.

### Los creó varón y mujer

Encontramos en el Génesis, al hablar del varón y de la mujer, la intención de Dios Padre al creamos así. Fuimos hechos para ser la ayuda adecuada, la complementariedad, la unidad, para alcanzar la plenitud en la comunión, en el amor. Pero al entrar el pecado en el mundo la relación varón-mujer perdió la armonía con la que fue creada, el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se quebró (Gn 3, 7; CIC 400), la unión del varón y la mujer quedó sometida a tensiones (Gn 3, 11-13; CIC 400), las relaciones quedaron marcadas por el deseo y el dominio (Gn 3, 16; CIC 400). Por eso nos cuesta crecer juntos, con-vivir en paz, ordenar pensamientos y sentimientos, integrar la sexualidad en la búsqueda de la plenitud para la que fuimos creados. Hay en nuestros corazones un ansia infinita de amor que nunca se sacia.

De ahí la dificultad que se le plantea tantas veces al sacerdote al trabajar con la mujer, valorar las riquezas de su feminidad, y al mismo tiempo vivir la fidelidad al celibato, fidelidad que sólo es posible a la luz de la fe, la gracia de la vocación, una intensa vida de comunión con Cristo y con su Iglesia. El celibato no debería ser nunca voluntarista, o rígidamente estructurado como defensa personal, sino un modo de responder al llamado personal del Señor, hecho ministerio a través de su Iglesia.

### La mujer frente al sacerdote

La mujer lleva en su corazón algo del amor purísimo de María, pero también tiene la naturaleza de Eva marcada por el pecado. No es sólo María, pero tampoco es sólo Eva. El varón tiende a veces a creer en el «angelismo» de la mujer, olvidando que el pecado anida tanto en el corazón de ella como en el de él, aunque sus manifestaciones puedan ser aparentemente distintas.

El sacerdote despierta en la mujer sentimientos de protección y cuidado. Se compadece de su celibato, le preocupa su soledad afectiva, e intenta acompañarlo, protegerlo, consolarlo, animarlo. Pero por una cierta manera femenina de expresar los afectos, lo va rodeando de mil y una atenciones, hechas cartitas, regalos, comidas especiales, etc. Y al tratar de estar cerca de las cosas que le pasan al sacerdote, lo va rodeando de una telaraña en la cual ella misma puede quedar enredada. Si está casada llega incluso a vivir mucho más atenta a sus necesidades que a las de su marido, desequilibrando así la armonía de la relación conyugal por un lado, y el entendimiento del marido con el sacerdote por otro.

Hay también mujeres para quienes el celibato es una especie de desafío personal a su feminidad. Sin que haya de por medio ningún afecto especial, buscan inquietarlo, hacerle sentir la fuerza de la atracción sexual. Hay en esta situación causas muy profundas, en las que el sacerdote poco o nada puede hacer.

Porque hasta que la misma mujer no quiera saber porqué en lugar de buscar el amor busca despertar la genitalidad, aún sin interés en la persona, no hay otro camino que la distancia, el límite claro, la oración por ella para que encuentre el amor y la paz.

Cinco situaciones

a) Puede darse el caso de una mujer casada, incluso mayor que el sacerdote, con problemas serios en su matrimonio, que confía en él, de quien recibe consuelo y ánimo para seguir adelante. Muchas veces las mujeres con esos conflictos tienen también problemas con su sexualidad. Por eso les es tan consoladora la relación con el sacerdote, ya que al estar excluida -por así decir- la sexualidad, encuentran la amistad platónica que necesitan. Puede suceder que el sacerdote se involucre con las confidencias, e incluso acepte saber de temas íntimos, que no son materia de confesión, sobre los cuales nada puede hacer pero que lo comprometen interiormente, tomando partido por ella casi sin darse cuenta. El marido no tarda en sentir lo que está pasando, se pone celoso, se enoja con el sacerdote, a quien culpa de los desencuentros con su mujer, y ese enojo llega a ser manifiesto en la familia y aún fuera de ella. Tal conducta le confirma al sacerdote que las quejas de la mujer son ciertas. Es un error muy peligroso. En un matrimonio las situaciones son siempre de a dos, y resulta sumamente difícil, aún para aquellos que algo conocen de su intimidad, saber qué pasa realmente entre marido y mujer. Muy pocas veces hay víctima y victimario. Normalmente hay una suma de circunstancias, situaciones e historias que hacen muy compleja la relación, y no es fácil saber quién es el primer responsable.

Dadas estas circunstancias, sería prudente, sabio, evangélico, no dejarse involucrar afectivamente con la mujer, tomar distancia de sus confidencias, aceptar sólo aquello que es materia de confesión, animarla a un mayor compromiso en la comunión conyugal, promover el diálogo y la comprensión entre los esposos. Al mismo tiempo sería muy importante acercarse al marido, hacerle sentir que no se toma partido porque el sacerdote es padre y hermano de los dos, y ayudarlo a crecer a él también en la relación matrimonial. Este equilibrio permitirá a la mujer ubicarse, lo mismo que al marido, y el sacerdote será camino de salvación para ambos. Y si hiciera falta una ayuda terapéutica o el consejo de sacerdotes mayores especializados en el tema, se sentirá libre para sugerirlo.

b) Otra situación se plantea cuando una mujer que lleva una carga pesada en su conciencia - como abortos, infidelidades, un pasado no muy transparente-, encuentra un sacerdote que le hace sentir el amor de Dios, su perdón, la vuelve a la comunión con la Iglesia, le devuelve el sentido profundo de su vida, su respeto, su dignidad. Cuando una mujer vive una situación así, siente un profundo agradecimiento hacia ese sacerdote que le devolvió la luz y la paz. Pero si el marido ha sido responsable activo o pasivo de sus problemas, es posible que guarde hacia él algún rechazo. El riesgo ya está dado: un sacerdote que da el perdón, la luz, la paz, que muestra un camino de participación plena, y un marido hacia quien se

sienten sentimientos ambiguos o francamente hostiles. Es muy probable que la mujer se vuelque cada vez más hacia el sacerdote y sus ocupaciones, pendiente de sus necesidades, y cada vez se aleje más de su marido. Para ayudarla, sería bueno guardar distancia interior de la mujer, ayudarla a comprender que la luz y la paz reencontradas son también camino de salvación para el marido, y animarla a que busque, a partir del perdón y la vida de la gracia, el hondo misterio de la comunión matrimonial. El encuentro cada vez más profundo con Cristo el Señor iluminará los caminos a seguir.

En estas dos situaciones, como en otras similares, suele sugerirse tener paciencia y tratar de sobrellevar la situación. Pero no se trata de arrastrar con resignación sacrificada y pasiva las cosas, sino de asumir el compromiso del matrimonio, la responsabilidad en el crecimiento del amor mutuo, la urgencia de ser formadores de los hijos enseñándoles a vivir en el amor a Dios y a los demás.

También es frecuente que la mujer busque fuera de su casa, incluso en tareas apostólicas, un cauce para sus afectos, un consuelo para su necesidad de ser valorada y querida, una plenificación de su maternidad en el servicio. Si fuera necesario, sería bueno ayudarle a comprender que su primer lugar, a pesar de lo duro que pueda ser, es su familia, y no pueden descuidarse los deberes de estado aunque las causas sean buenas. La prudencia, el sentido común, deben marcar el camino del equilibrio, ya que a veces la tentación de volcarse demasiado hacia afuera es muy grande.

Frente a la crisis familiar de este tiempo, es muy importante fortalecer los vínculos, en los que la presencia de la mujer es clave, para que la familia sea realmente el lugar donde se crece y se madura en el amor. Si sus ocupaciones, aunque sean muy santas, hacen que su marido y sus hijos no tengan con quién hablar, con quién rezar, con quién compartir lo que les está pasando, hay que revisar la vida que se lleva.

Y aquí la palabra del sacerdote es muy importante, para ayudarle a comprender que no hay que huir de los problemas, sino, como en todo otro orden de la vida, enfrentarlos desde una fuerte vida de oración, en unión con Cristo Eucaristía, aprendiendo con Él y en Él a asumir las circunstancias incluso desde el dolor, como oblación redentora y salvífica unida a Su Cruz.

c) Distinta situación se plantea cuando se trata de mujeres solas, con hijos, ya sean viudas o separadas. La vida es muy dura para aquellas que tienen que llevar adelante una familia en soledad, y la compañía y presencia del sacerdote pueden ser un gran consuelo. Pero, si la relación se estrecha, poco a poco él se irá involucrando con los problemas de ella y casi sin darse cuenta empezará a ser el hombre de la casa, con quien se consultan los temas, sean o no importantes. Se crea entonces una gran confusión en la mujer, en los chicos, en el sacerdote. Al no haber relaciones sexuales de por medio, puede resultar fácil engañarse con la «santidad» de la situación, cuando en realidad hay una profunda distorsión. La mujer, mal que le pese y por muy doloroso que sea, tiene que hacerse cargo de su soledad. El sacerdote, aunque la caridad lo impulse, tiene que aceptar que no es ni marido ni padre. El camino sería no involucrarse en situaciones concretas, conservar la libertad interior y cuidar que los demás también la conserven, animar a buscar y enfrentar la realidad, y, en todo caso, acompañar la búsqueda de fortaleza no en la dependencia sino en el crecimiento. La

oración y el encuentro Eucarístico iluminan y fortalecen; y la pertenencia a grupos apostólicos de reflexión y de servicio suele ser de gran ayuda.

d) Cuando las mujeres son solteras, o separadas jóvenes, a veces están en la búsqueda de la persona adecuada para compartir la vida. Puede ser que algunas tengan problemas afectivos, dificultades para integrar la sexualidad, historias no resueltas que les impiden encontrar el amor. Si comparten con el sacerdote su intimidad, y además tiempo e intereses en tareas comunes, puede ir creciendo un afecto que se transforme en sentimiento más fuerte si no se está atento. En este caso, como en todos, vale la honestidad consigo mismo, no engañarse, ejercitar la prudencia, vivir la humildad, apoyarse fuertemente en la oración, animar a la mujer a la solución de sus conflictos para poder crecer y madurar en el verdadero amor.

e) La quinta contempla el caso del sacerdote que no ha madurado bien en relación a la mujer. Tendrá que cuidarse al estar con ella... ¿Qué quiere decir esto? Que si, por su historia, no pudo llegar a tener una buena relación afectiva con su madre, hermanas, amigas, compañeras de estudio o trabajo, con las mujeres con las que de una u otra manera compartió momentos de su vida, probablemente tenga una carencia en ese aspecto que le haga buscar permanentemente la aceptación, el apoyo, el reconocimiento de la mujer. En todo lo que haga, sutilmente, va a estar siempre buscando la aprobación femenina. Esto lo condiciona, lo limita, le quita la libertad de decir lo que piensa y siente. Con el agravante de que esa búsqueda de aprobación es perfectamente percibida por la mujer, incluso como llamada personal.

#### Responsabilidad del sacerdote y de la mujer

En el Génesis se visualiza bien. La serpiente tienta a la mujer, ésta entra en el juego, tienta a su vez al varón, éste también entra en el juego, y caen los dos. La responsabilidad es claramente de ambos, si bien hay un momento distinto para cada uno, un tiempo distinto que se hace común en la decisión final. Esto no quiere decir que la mujer sea siempre la tentadora, pero en las situaciones que se plantean alrededor del sacerdote el esquema del Génesis se repite con frecuencia. Cada uno siente el llamado de la conciencia que le dice que algo no anda bien, y cada uno, en su momento, ejerce su libertad dejando continuar, y por ende crecer, la situación.

#### Respuestas del sacerdote

A veces el sacerdote permite, e incluso favorece, situaciones de desorden. Puede ser su necesidad de sentirse valorado y reconocido, su historia personal que hace de sus carencias afectivas un «agujero negro» insaciable, una atracción de la que no quiere hacerse consciente o sobre la cual no quiere tomar decisiones, y también -¡por qué no!- su masculinidad halagada al ser objeto del interés femenino... ¡Tantas cosas!

Es clave la actitud del sacerdote. Puede encauzar, equilibrar, ubicar afectos y circunstancias, como también puede aceptar y favorecer caminos de confusión. Y la confusión, si no se aclara, conduce al pecado, porque no se puede vivir en la sombra, deliberadamente, y seguir siendo fiel a la gracia. Quien está en la oscuridad, y se complace

en ello, no alcanzará la luz. Pero quien la busca la encontrará, porque el mismo Señor irá guiando su camino.

En esta búsqueda es esencial una profunda honestidad consigo mismo, el humilde sinceramiento, reconocer los verdaderos sentimientos, enfrentar la verdad aunque duela, ponerse en presencia del Señor porque en Él se encuentra lo que verdaderamente se es. Una de las consecuencias más terribles del pecado es la dificultad para reconocer la verdad. Por eso el discernimiento tiene que ser un ejercicio cotidiano.

Cuántas veces el sacerdote se permite una suerte de vida paralela, ejerciendo su ministerio pero aceptando en su interior pensamientos, deseos, situaciones incompatibles con el sacerdocio. Por eso lo importante es discernir para tomar a tiempo los caminos adecuados cuando el ombú asoma a la luz es un tallo que se arranca con los dedos. Si se lo deja crecer será muy difícil arrancarlo de raíz.

Al varón, por su manera de comprometerse con los afectos, le es más fácil cortar la relación que se está saliendo de cauce. Pero tendrá que tener en cuenta que, cuanto más haya dejado crecer la confusión, tanto más difícil será para él y tanto más lastimada quedará la mujer, ya que recibe la decisión y no la toma. Lastimada en parte por su propia responsabilidad, y lastimada en parte porque el sacerdote dejó que la situación desbordara. Esto hay que tenerlo muy presente no sólo por el daño que se hace a la persona sino también por el riesgo de escándalo en la comunidad.

#### Amistades espirituales

Este es un punto de frecuente problema, porque no siempre los términos son claros. Cuántas veces las amistades espirituales son tales de palabra, pero no en los hechos, en los que se encuentran manejos de todo tipo, dependencia, pérdida de la libertad interior. Las palabras parecen espirituales, pero los hechos son sombras disfrazadas de luz.

Por cierto que es posible la buena y santa amistad entre el sacerdote y la mujer, pero no es ni tan frecuente ni tan fácil como parece. Para que haya verdadera amistad espiritual tendrían que darse dos personas profundamente comprometidas con el Señor, que vivan la relación desde la oración, con delicadeza, prudencia, humildad, verdad, sin dependencia.

Y Santa Teresa y San Juan de la Cruz, a los que tantas veces se pone como ejemplo de amistad espiritual, muestran en su vida y en sus escritos esta realidad. Un pequeño dato para corroborar esto: Sta. Teresa menciona a San Juan de la Cruz, en función de situaciones concretas, 5 veces en el libro de las Fundaciones, y 37 en las 441 cartas registradas. Nada más, a pesar de ser tan extensos sus escritos. No hay en esas menciones manejos, dependencia o pérdida de libertad interior. Los dos grandes místicos viven buscando y cumpliendo la voluntad del Padre, más acá y más allá de dolores y sufrimientos, valorando los consuelos humanos pero sin depender de ellos, viviendo la relación desde la oración y el servicio, en la entrega total al Señor.

#### Causas de las crisis

Existen aquellas en las que se vive, se crece, se madura, crisis inevitables en todo proceso que camina hacia su plenitud. Y hay otras en las que la manifestación arrastra la totalidad de la persona.

En éstas se dan dos grandes confluencias. Por un lado historias personales sin madurar, sin resolver, sobre las que se edificó la vida sin un buen discernimiento. Por el otro, el debilitamiento en la unión con el Señor, sin Quien ni el sacerdocio ni el celibato tienen sentido. Se reza poco y mal, la Eucaristía deja de ser el encuentro personal con Cristo vivo y presente, la vida se vacía de sentido, se duda hasta del llamado.

Al confluir estas dos vertientes, las crisis se hacen tan hondas que arrastran no sólo la vocación y el ministerio sino que hasta la propia identidad queda en el vacío.

Se puede salir, recorriendo el camino inverso. Reconocer, aceptar, asumir la propia historia, perdonarse y perdonar, reencontrar el amor misericordioso del Padre.

Y renovar la vida interior en la oración, en la Eucaristía, en la compañía de quien puede, desde un sacerdocio ya más maduro, orientar, guiar, comprender, perdonar.

A veces todos, sacerdotes, religiosos y laicos, corren el riesgo de apoyarse en la dispersión de muchos consuelos humanos, en lugar de buscar la persona adecuada, dejarse guiar humildemente, y, también gastarse las rodillas delante del Sagrario, ya que «todo lo podemos en Aquel que nos conforta». Quien persevera en la oscuridad volverá a ver la luz, un poco antes o un poco después, pero siempre vuelve a encontrar la paz. No así quien «muda de parecer en medio de la desolación», para quien el dolor será más hondo, más desesperanzado, porque fuera de la fidelidad la crisis se hace mucho más profunda.

Esta fidelidad, ciega pero confiada, es la que se experimenta en el seguimiento de nuestro Dios y Salvador. A veces será un camino ancho, luminoso, pleno de gozo. Otras será un sendero escarpado, solitario, oscuro, en el que se sigue andando sin saber muy bien hacia dónde, confiando en el Señor que es siempre fiel, y en la Iglesia que, como familia, cobija y sostiene.

Ni miedo ni omnipotencia

¡No tener miedo! No tenerle miedo a la mujer ni tenérselo a sí mismo. El miedo endurece, encierra, paraliza. El amor, el amor en Cristo, por el contrario, libera, madura, «hace nuevas todas las cosas».

Tampoco sentirse a salvo, que eso sería la omnipotencia. Creer que se está más allá de tentaciones y caídas. La historia de la Iglesia nos muestra cuántos fueron infieles al llamado por omnipotencia, desde sacerdotes recién ordenados hasta obispos. Nunca a salvo, porque la marca del pecado enturbia siempre nuestras ansias de infinito.

La cruz

La cruz, que libera, que da sentido, que plenifica. No hay amor sin cruz, no hay amistad sin cruz, no hay seguimiento de Cristo sin cruz, no hay servicio a los hermanos sin cruz. La

naturaleza humana siempre intenta escapar de la cruz, pero la gran paradoja es que cuanto más se le huye más pesada se hace. Pero si, por el contrario, se la acepta aún con el pobre corazón humano desgarrado, se hace más liviana porque con el Señor «la carga es suave y el yugo ligero».

Y aún el enamoramiento puede ser vivido desde el celibato como oblación consciente, en oscura, humilde y confiada fidelidad, en oración por la mujer y por todos los hermanos en el sacerdocio. Junto con Juan Pablo II encomiendo a todos los sacerdotes a la Madre de Cristo, Madre de los sacerdotes, poniendo en sus manos a todos y a cada uno para que caminen con Ella en el deseo de servicio y de santidad.



## **XXX° ANIVERSARIO DE LA PROMULGACIÓN DEL DECRETO PRESBYTERORUM ORDINIS DEL CONCILIO VATICANO II.**

---

"Este sacrosanto Concilio, que tiene presentes los gozos de la vida sacerdotal, no puede pasar por alto las dificultades que en las circunstancias actuales sufren los Presbíteros...recuerden que no están nunca solos en la ejecución de su trabajo, sino unidos a la virtud omnipotente de Dios; y creyendo en Cristo, que los llamó a participar de su sacerdocio, conságren- se con toda confianza a su ministerio, sabiendo que Dios es poderoso para aumentar en ellos la caridad. Recuerden también que tienen por compañeros a sus hermanos en el sacerdocio y a los fieles de todo el mundo." P.O.22

Hace casi 30 años, el Decreto "Presbyteroum Ordinis" del Concilio Vaticano II, promulgado por el Papa Pablo VI (el 7 de Diciembre de 1965) exhortaba en estos términos a los Presbíteros de todo el mundo a vivir con gozo, entusiasmo y fortaleza su consagración y su ministerio en una nueva situación del mundo y de la Iglesia. A partir de ese momento muchísimos sacerdotes, en todas partes y en ministerios muy diversos han procurado ser expresión viva de las palabras del Concilio. El "nuevo rostro" del Presbítero dibujado en los documentos conciliares ha sido visto, apreciado y apoyado por muchas comunidades en la Iglesia de Cristo. No han faltado las dificultades, pero hoy podemos dirigir al "dueño de la mies" nuestra oración agradecida por tantos que como el Buen Pastor y a su imagen han dado la vida por Su grey.

Para celebrar este aniversario de la promulgación de P.O. y la vida y la fidelidad de tantos hermanos, la Sagrada Congregación para el Clero, a pedido del Papa Juan Pablo II, organizó un Simposio Internacional que se realizó en Roma entre el 23 y el 28 de Octubre. Fueron invitados a participar los Obispos presidentes de las Comisiones de ministerios de cada Conferencia Episcopal y un sacerdote designado por ella.

El encuentro, además de ser una rica expresión de catolicidad: estaban presentes obispos y sacerdotes de las más diversas regiones y países, nos permitió retomar los grandes temas de Presbyterorum Ordinis y recorrer el itinerario trazado por el Magisterio hasta "Pastores dabo vobis".

Hubo seis PONENCIAS que desarrollaron las grandes perspectivas y más de cincuenta comunicaciones referidas a temas particulares relacionados con ellas. Mons. Julián Herranz presentó "La imagen del Presbítero en el Decreto P.O., continuidad y proyección hacia el tercer Milenio"; El Cardenal Christian Tumi de Camerún: "El Presbítero en la Misión de la Iglesia"; El Cardenal Joseph Ratzinger: "El ministerio y la vida de los Presbíteros"; El Cardenal Nicolás López Rodríguez Arzobispo de Santo Domingo: "La relación de Comunión de los Presbíteros"; el Cardenal Miloslav Vlk, Arzobispo de Praga: "La llamada de los Presbíteros a la perfección" y en la última relación, el Cardenal Anthony Babilacqua, Arzobispo de Filadelfia: " La formación permanente de los Presbíteros".

Una de las Comunicaciones (intervenciones de 8 minutos sobre temas particulares) fué presentada por Mons. Carmelo Giaquinta, Arzobispo de Resistencia y presidente de la C.E.M.I.N. de la Conferencia Episcopal Argentina.

El Encuentro permitió también dedicar una jornada al diálogo y al intercambio en grupos lingüísticos. A pesar de la brevedad del tiempo dispuesto para esto, fue una excelente oportunidad para palpar de cerca las iniciativas, alegrías y preocupaciones de los Presbíteros y de las diversas Iglesias con respecto a ellos.

Fue un foro que permitió "ver": la coincidencia general en que la formación permanente es hoy urgencia impostergable, la escasez de vocaciones al sacerdocio en algunos países,...y el testimonio estremecedor de los Sacerdotes de Ruanda y Burundi, en el África y los de Croacia en Europa.

El Simposio terminó con la formulación de propuestas concretas que buscan ayudarnos a vivir cada día más intensa y gozosamente lo que ya está dicho de un modo tan claro en muchos documentos desde P.O. hasta P.D.V. es decir:

- \* nuestra identidad más profunda, configurados a Cristo el Buen Pastor;
- \* nuestra espiritualidad, exigida, alimentada y configurada por el Ministerio ejercido en el Espíritu de Cristo;
- \* el desafío de unificar nuestras vidas por la Caridad Pastoral, en el servicio "hasta dar la vida" por Pueblo de Dios;
- \* La urgencia de vivir la comunión en nuestros presbiterios y con todos los demás "Cristi fideles", para que podamos ser verdaderamente reconocidos como sus discípulos.
- \* La misión en nuestras comunidades y "hasta los confines del mundo", nueva en "su ardor, en sus métodos y expresión".

Probablemente en alguno de los próximos números de PASTORES podamos publicar alguna de las relaciones, comunicaciones y propuestas.

El día Viernes 27 por la noche en la Sala Pablo VI se realizó un gran Recital presentando con diversos testimonios y expresiones musicales el misterio del Sacerdocio. Fué también una oportunidad para homenajear al Papa Juan Pablo, próximo a celebrar su jubileo como sacerdote y escuchar su palabra. Todos los participantes asumimos el compromiso de llevar a nuestros hermanos presbíteros el mensaje con el cuál concluyó nuestro Simposio ( transcribo ahora sólo algunos párrafos):

"En la plegaria, en la reflexión y en el intercambio, hemos pensado en todos los sacerdotes que en el trabajo silencioso y cotidiano ejercen con alegría el ministerio presbiteral en las comunidades cristianas. Hemos tenido presentes en el corazón y en la mente sobre todo a los sacerdotes solos, probados por la enfermedad, y ancianos; a los sacerdotes perseguidos o víctimas de la guerra y la violencia; y a los sacerdotes que por cualquier motivo viven con alguna dificultad su servicio a Dios y a la Iglesia..."

"Queremos ser voz de toda la Iglesia para decirles gracias:

.Gracias a Ustedes, dedicados al ministerio pastoral en las Parroquias, comunidades, ambientes de la cultura, del trabajo y el sufrimiento...gracias por su dedicación, vivida en innumerables trabajos y fatigas...

.Gracias a Ustedes sacerdotes confesores de la fe, que llevan en sus cuerpos el signo de la Pasión de Cristo y de la Iglesia. Son para nosotros un reclamo constante a la esencia del amor auténtico: dar la vida por las obras de Cristo...

.Gracias a Ustedes, jóvenes sacerdotes que, con su sí, han ofrecido a Cristo y a la Iglesia sus vidas. Que el entusiasmo se renueve cada día y en cada circunstancia de su existencia..."

"Que María, Madre de Cristo y de la Iglesia, a quien queremos "recibir en nuestra casa" (Jn.19,27) y a quien todo le confiamos, nos sostenga en este camino".

P. Horacio Alvarez  
Rector del Seminario "Nuestra Señora de Loreto" - CORDOBA.

## **LA IMAGEN DEL PRESBITERO EN LA "PASTORES DABO VOBIS"**

---

Mons. Carmelo J. Giaquinta  
Arzobispo de Resistencia

### I. Introducción

1. La Imagen del Sacerdote en la Pastores dabo vobis está dibujada, fundamentalmente, en el capítulo II de la Exhortación apostólica postsinodal, dedicado a la Naturaleza y Misión del Sacerdocio Ministerial. Así, al menos, si identificamos la noción de «imagen» con el «ideal» que tenemos del Sacerdocio; o sea, si reducimos el tema de la «imagen» a la cuestión teórica de la identidad sacerdotal. Sin embargo, me parece que el tema esconde una cuestión existencial concreta del mayor interés: «¿cómo el Sacerdote ha de concretar hoy su existencia y su ministerio?», «¿cuáles han de ser sus rasgos distintivos?». Hablar sobre el tema exige, por lo mismo, tener en cuenta otros elementos.

En primer lugar, la ocasión y finalidad para las que fue convocado el Sínodo; a saber: la formación de los sacerdotes en la situación actual. Esta última ha quedado reflejada, en alguna medida, en el capítulo I, donde se reseñan los desafíos del final del segundo milenio a los que se ve sometida la formación sacerdotal.

En segundo lugar, conviene tener en cuenta todo el texto de la Exhortación; en especial, los capítulos: III, sobre La vida espiritual del Sacerdote; V, sobre la Formación de los candidatos al Sacerdocio; VI, sobre la Formación permanente de los Sacerdotes.

En tercer lugar, se ha de tener presente que la Exhortación es un nuevo paso de la autoconciencia sobre el tema que el Espíritu de Jesucristo suscita en la Iglesia de Dios, en especial a partir del Concilio Vaticano II. Por lo cual, para ser fieles a la Exhortación y comprender cabalmente la imagen del Sacerdote que ella impulsa, se ha de asumir todo el desarrollo teológico y pastoral sobre la naturaleza de la Iglesia y su misión en el Mundo de hoy, surgido del Concilio Vaticano II.

### II. Imagen antigua, Crisis, hacia una imagen sacerdotal nueva

La imagen sacerdotal de la Pastores dabo vobis dista muchísimo de aquella con la que muchos de nosotros fuimos formados. Ambas, la de hoy y la de ayer, están condicionadas por la situación eclesial y cultural en la que viví o vive el candidato al sacerdocio. En mi caso, (disculpen ustedes que hable desde mi experiencia personal, pero creo que de esta manera interpretaré mejor el sentir de muchos), formado en Buenos Aires y en Roma, entre 1942 y 1953: la imagen que yo tenía del futuro presbítero oscilaba contradictoriamente entre ser como Mendel, el monje agustino que se dedicó a la investigación biogenética, o como San Pablo, el apóstol de los gentiles. La primera imagen me venía de algunos maestros jesuitas, hombres santos y científicos de renombre, que conducían nuestro Seminario. La segunda: del libro de Holzner, San Pablo Heraldo de Cristo; de la lectura asidua y apasionada de las cartas del apóstol; y del estudio de su teología, guiado por Mersch, Prat, Allo, Cerfaux, y otros. Todo ello sustentado en la teología pontificia sobre el Sacerdocio expresada por los Papas Pío X, Pío XI y Pío XII en sus Exhortaciones Haerent animo, Ad Catholici Sacerdotii, y Menti nostrae, que leía y releía en los retiros mensuales

del Seminario. A lo cual se agregó, por entonces, el descubrimiento que Gustavo Thils hacía de La Espiritualidad del Clero Diocesano. Y, después, el estudio de las figuras de los grandes Padres de la Iglesia, que fueron simultáneamente eximios doctores y pastores. No faltaba, por cierto, la figura admirable del santo Cura de Ars, que jugaba en un segundo plano, pero que no acababa de atraerme. O la más moderna, de Mons. Fulton Sheen, apóstol de la televisión norteamericana. En mi caso personal, faltó la luz que pudiese venirme del trato inmediato con un cura párroco del clero diocesano, pues como seminarista siempre me cupo en suerte tener párrocos religiosos. Aunque debo decir que no me faltó el ejemplo de sacerdotes del clero de Buenos Aires, que combinaban ejemplarmente dos dimensiones que a mí me impactaban: la ciencia y el celo apostólico.

¿Cuál fue la imagen sacerdotal que yo intenté realizar en los años siguientes a la ordenación? En teoría, primaba en mí la imagen del apóstol San Pablo. Pero, en la práctica, creo que triunfó el monje Mendel. Tenía una conciencia clara de la identidad del Presbítero con Cristo Sacerdote. Pero no contaba con el instrumento necesario (léase: desarrollo psicológico y espiritual) para ir a los hombres a llevarles a Cristo. Una especie de ermitaño sitiado en medio de la gran ciudad, con un gran tesoro a comunicar pero sin la hoja de ruta para llegar al mundo. Sin embargo, la contradicción entre la imagen ideal del sacerdote que yo deseaba encarnar y la real que de hecho realizaba, se resolvió en mí con un cierto equilibrio gracias a la preeminencia que, a ejemplo de San Pablo, siempre di a la Palabra de Dios, sea por medio de la predicación, sea por otras formas de enseñanza. Pero no cabe duda que la situación que vivía era crítica. «¿Nos será posible evangelizar a este mundo?», nos preguntábamos con angustia algunos neopresbíteros en 1955, constatando no tanto la adversidad del mundo, cuanto nuestra escasa capacidad para ir a su encuentro.

3. En ese momento, providencialmente, sobrevino el Concilio Vaticano II. Aunque no se lo contaba entre las posibilidades que manejábamos, fue como una flor secretamente esperada, exigida por decenios de esfuerzos de renovación pastoral y de profundización teológica, realizados en gran medida por presbíteros. Esto explica que, en gran medida también, fueron presbíteros los peritos, los teólogos y pastoralistas, que elaboraron los borradores de los textos conciliares.

Alguien preguntará: ¿cómo, entonces, sobrevino tan grande crisis sacerdotal en los años inmediatos posteriores al Concilio? No niego lo que dice la Exhortación al respecto: «Esta crisis había nacido en los años inmediatamente siguientes al Concilio. Se fundaba en una comprensión errónea, y tal vez intencionadamente tendenciosa de la doctrina del magisterio conciliar» (nº 11). Pero, en mi opinión, estaba en curso antes del Concilio, como lo señala la angustiosa pregunta que nos hacíamos los neopresbíteros en 1955. Éste procuró orientarla. Pero no logró evitarla, pues no hubo el tiempo suficiente para asimilar y poner en práctica las orientaciones que dio sobre esta materia. Una hipótesis que yo manejo es que, de no haber sido convocado el Concilio, posiblemente la crisis sacerdotal habría sido mucho más grave. Gracias al Concilio, la Iglesia se anticipó a la crisis. Y por ello, enseguida después, pudo abocarse, en sendos Sínodos, a estudiar las cuestiones conexas con la Renovación de la Formación impartida a los futuros Sacerdotes en los Seminarios (1967) y con la identidad del Sacerdocio Ministerial (1971).

4. ¿Cómo se plantea hoy la cuestión de la imagen sacerdotal? En la Introducción de la Exhortación Pastores dabo vobis se dice que ahora «la atención ha sido puesta no tanto en el problema de la identidad del sacerdote cuanto en problemas relacionados con el itinerario formativo para el sacerdocio y con el estilo de vida de los sacerdotes» (nº3). A primera vista esto pareciera indicar una situación más benigna que hace años con respecto a la cuestión de la identidad sacerdotal. Y ciertamente que lo es. Pero la Introducción agrega enseguida un dato preocupante: Las nuevas generaciones de los que son llamados al sacerdocio ministerial presentan características bastante distintas respecto a las de sus inmediatos predecesores y viven en un mundo que en muchos aspectos es nuevo y que está en continua evolución» (ib.). Y añade todavía otro dato referido a la situación de vida de los Presbíteros: «Los Sacerdotes que están ya en el ejercicio de su ministerio, parece que hoy sufren una excesiva dispersión en las crecientes actividades pastorales y, frente a la problemática de la sociedad y de la cultura contemporánea, se sienten impulsados a replantearse su estilo de vida y las prioridades de los trabajos pastorales, a la vez que notan, cada vez más, la necesidad de una formación permanente» (ib.).

Por tanto, la cuestión de la Imagen del Sacerdote, que debe dilucidarse continuamente a la luz del ideal que la Iglesia obtiene de Cristo: Maestro, Sacerdote y Pastor de su Pueblo, necesita también dilucidar otras preguntas. Entre ellas: 1) los valores y antivalores de la nueva cultura, presentes en los jóvenes candidatos al sacerdocio; 2) el estilo de vida de los Sacerdotes y las prioridades pastorales. De la primera no hablaremos aquí directamente. En los párrafos siguientes intentaremos decir algo sobre la segunda.

### III. El Hombre de la Comunión. Rasgo fundamental de la imagen sacerdotal

5. Al tratar de la Naturaleza y Misión del Sacerdocio ministerial, la Exhortación Pastores dabo vobis sigue las huellas de la Constitución dogmática sobre la Iglesia. Allí se la entiende a esta, primeramente, a la luz del misterio de comunión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Citando a San Cipriano, la Constitución Lumen Gentium dice: «Y así toda la Iglesia aparece `como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo'» (LG 4). Es esta, por lo demás, la enseñanza del mismo Jesús en la última cena. «Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea» (Jn 17,21). Por tanto, como es obvio, toda la Iglesia y todos los dones y ministerios que hay en ella, también el Presbiterado, se comprenden sólo a la luz de este misterio de comunión trinitaria. Esto es lo que enfatiza la Exhortación: «Es en el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, donde se manifiesta toda identidad cristiana, y por tanto también la identidad específica del sacerdote y de su ministerio. En efecto, el Presbítero, en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden, es enviado por el Padre, por medio de Jesucristo, con el cual, como Cabeza y Pastor de su pueblo se configura de un modo especial para vivir y actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo» (o.c. 12).

6. Lo segundo que dice la Exhortación es que, a pesar de lo importante que es la eclesiología de comunión para entender el Sacerdocio ministerial, sin embargo éste se halla relacionado directamente con el misterio de Cristo, pues la misma Iglesia está subordinada a él: «(Ella) es su plenitud, su cuerpo, su esposa» (ib.). Y el Presbítero es en ella «el signo y el memorial vivo de su presencia (de Cristo) permanente y de su acción entre nosotros y

para nosotros». Por tanto, «el Presbítero encuentra la plena verdad de su identidad en ser una derivación, una participación específica y una continuación del mismo Cristo, sumo y eterno sacerdote de la nueva y eterna alianza: es una imagen viva y transparente de Cristo sacerdote» (ib.).

La relación fundamental del Presbítero con Cristo Cabeza y Pastor es desarrollada ampliamente en los números 13 al 15 de la Exhortación.

7. Lo tercero que cabe considerar para entender cabalmente la identidad sacerdotal es la relación de comunión del Presbítero con la Iglesia. «No se trata de relaciones simplemente cercanas entre sí, sino unidas interiormente en una especie de mutua inmanencia. La relación con la Iglesia se inscribe en la única y misma relación del sacerdote con Cristo, en el sentido de que la representación sacramental de Cristo es la que instauro y anima la relación del sacerdote con la Iglesia. En este sentido los Padres sinodales han dicho: `El sacerdote, en cuanto que representa a Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, se sitúa no sólo en la Iglesia, sino también al frente (enfrente, de frente, delante, "coram") de la Iglesia. El sacerdocio... pertenece a los elementos constitutivos de la Iglesia'» (nº 16). Y agrega: «De ahí que no se deba pensar en el sacerdocio ordenado como si fuese anterior a la Iglesia, porque está totalmente al servicio de la misma; pero tampoco como si fuera posterior a la comunidad, como si esta pudiera concebirse como constituida ya sin este sacerdocio» (ib.).

8. Lo cuarto a considerar es la relación del Presbítero con su Obispo y con el Presbiterio diocesano. A este respecto la Exhortación dice: «El ministerio ordenado, por su propia naturaleza, puede ser desempeñado sólo en la medida en que el Presbítero esté unido con Cristo mediante la inserción sacramental en el Orden presbiteral, y por tanto en la medida en que esté en comunión jerárquica con el propio Obispo» (nº 17). Y agrega una frase luminosa: «El ministerio ordenado tiene una radical forma comunitaria y puede ser ejercido sólo como una tarea colectiva» (ib.). Esta enseñanza de la Exhortación es el eco de la conciliar sobre la hermandad sacerdotal: «Los presbíteros, constituidos en el Orden del Presbiterado, se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental» (Presbyterorum Ordinis 8). Según el Concilio, no se trata de una unidad sólo moral u operativa, sino de una unidad exigida por el mismo sacramento del Orden.

Cuestión:

- De esta visión del presbiterado como «íntima fraternidad sacramental», y «radical forma comunitaria», ¿se han sacado conclusiones aptas para el estilo de vida sacerdotal? ¿Cuáles?  
- ¿Son posibles aun ulteriores concreciones? A esto nos referiremos más abajo.

9. Lo quinto a considerar es la relación de los Presbíteros con los Laicos: «Su figura y su misión en la Iglesia no sustituye sino que más bien promueve el sacerdocio bautismal de todo el Pueblo de Dios, conduciéndolo a su plena realización eclesial» (nº 17). Es digno de ser tenido en cuenta lo que dice la Exhortación: «El sacerdocio ministerial no significa de por sí un mayor grado de santidad respecto al sacerdocio común de los fieles; pero por medio de él los Presbíteros reciben de Cristo en el Espíritu un don particular, para que puedan ayudar al Pueblo de Dios a ejercitar con fidelidad y plenitud el sacerdocio común que les ha sido conferido» (ib.).

10. Lo sexto, y último, es la relación del Presbítero con todos los hombres. «Como subraya el Concilio, 'el don espiritual que los Presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta los confines del mundo'» (nº18). Y explica: «Precisamente, porque dentro de la Iglesia es el hombre de la comunión, el Presbítero debe ser, en su relación con todos los hombres, el hombre de la misión y del diálogo... Está llamado a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y la paz.

En primer lugar con los hermanos de otras Iglesias y confesiones cristianas; pero también con los fieles de las otras religiones, con los hombres de buena voluntad, de manera especial con los pobres y los más débiles, y con todos aquellos que buscan aun sin saberlo ni decirlo, la verdad y la salvación de Cristo» (ib.). Este párrafo de la Exhortación merece atento examen. Es, a mi entender, uno de los que mejor pinta la imagen del Sacerdote.

11. Sin duda que la Exhortación ha puesto como rasgo fundamental de la imagen sacerdotal en ser hombre de la Comunión. Y esto en toda la línea: con Dios Uno y Trino, con Cristo Cabeza y Pastor de la Iglesia, con la Iglesia, con el Obispo y el Presbiterio, con los fieles laicos, con todos los hombres.

Este enfoque asume el clásico de ver al Sacerdote configurado con Cristo Sacerdote, Maestro y Pastor. Pero, a la vez, lo enriquece. Evita, de esta manera, encapsular al Sacerdote en una visión individual, que lo tentaría a verse por encima de la Iglesia y del Mundo, una especie de supercristiano, que luego debe hacer saltos mortales para comunicarse con ellos. Por eso, a modo de síntesis conclusiva de todo el capítulo destinado a la Naturaleza y misión del sacerdocio ministerial, la Exhortación dice: «Hoy, en particular, la tarea pastoral prioritaria de la Nueva Evangelización... exige sacerdotes radical e integralmente inmersos en el misterio de Cristo y capaces de realizar un estilo de vida pastoral, marcado por la profunda comunión con el Papa, con los Obispos y entre sí, y por una colaboración fecunda con los laicos, en el respeto y la promoción de los diversos cometidos, carismas y ministerios dentro de la comunidad» (ib.).

#### IV. Imagen interior e Imagen exterior

##### La cuestión del Estilo de vida sacerdotal

12. Para vivir plenamente la identidad sacerdotal no basta tener un ideal o imagen interior clara. Es preciso que al ideal corresponda un estilo de vida que le sea conforme. O, si se prefiere, a la imagen interior ha de corresponder la imagen exterior. Entre ambas hay una dinámica de reciprocidad: una pide a la otra.

La cuestión del estilo de vida aparece en la Exhortación en varias ocasiones; por ejemplo: nº3 y nº18. Me parece que este es uno de los puntos que más hay que atender en la formación sacerdotal, pues sería uno de los que más ha sufrido en el curso de los últimos decenios. Antes se privilegiaba, en exceso tal vez, el porte exterior del Sacerdote: cómo debía vestirse, conducirse con los fieles, en especial con las mujeres, el plan de vida, etc. Hoy todo esto ha pasado a un segundo plano, cuando no se lo niega o descuida expresamente. Todavía se encuentran Seminarios de los cuales salen los neopresbíteros con



un ideal sublime del sacerdocio, pero sin la conciencia clara de que al ideal, o imagen interior, ha de corresponder la imagen exterior. Algunos neopresbíteros sufren de una especie de angelismo que pronto pagan caro. De allí, sacerdotes jóvenes que no saben cómo encarar su nueva vida, ni programar su tiempo, lo improvisan todo, no se someten a la ley del trabajo, están siempre de paso sin conocerse bien desde dónde vienen ni hacia dónde van, son incapaces de asumir compromisos y de cumplir los asumidos. Aunque lo nieguen con los labios, conciben el sacerdocio como una especie de profesión liberal del peor estilo burgués.

Cuestiones:

- ¿No habrá que ver en qué medida la disciplina del Seminario ayuda a formar hábitos de oración, estudio, trabajo, convivencia y colaboración fraterna en los futuros sacerdotes? No por esto debe concebirse la nueva vida del neopresbítero como un traslado fuera del Seminario del mismo ritmo de vida que llevaba dentro de él. Esto no es posible, ni aconsejable.

- ¿De qué manera se ayuda al neopresbítero a encarar la nueva etapa de su vida para que haya coherencia entre lo que es y lo que hace?

- ¿Cómo se implementa el tiempo de ejercicio del Diaconado fuera del Seminario, que prescribe el canon 1032, pf. 2? ¿No convendría suscitar un diálogo entre las Iglesias sobre la praxis que tienen al respecto?

- Dada la actual prolongación de la adolescencia hasta bien pasados los veinte años, ¿no habría que reflexionar más atentamente sobre la edad en la que deben concederse las Sagradas Órdenes del Diaconado y del Presbiterado? ¿No debería haber una mayor concordancia entre la concesión del Orden del Presbiterado y el reconocimiento de la madurez humana? El Presbiterado es el sacramento del hombre sabio, del verdadero anciano, del consejero nato de la comunidad. No por ello convendrá que se haga de él un sacramento de viejos. Pues sabiduría espiritual y edad no corren parejas, según lo muestra la praxis de San Pablo con Timoteo: «Que nadie menosprecie tu juventud» (1Tm 4, 12).

V. Radicalidad del Presbítero en el seguimiento de Cristo:  
Obediencia, Castidad y Pobreza

13. A la imagen del Sacerdote pertenecen muchos elementos. Entre los principales: el ejercicio de la triple función de predicar, santificar y regir. Desde el Concilio, con el decreto *Presbyterorum Ordinis*, esto me parece suficientemente reflexionado en la Iglesia contemporánea, y con un notable crecimiento en la importancia de la predicación y en la tarea de regir al pueblo de Dios como servicio a su unidad. Se ha superado ampliamente la reducción del Sacerdocio a la celebración de los sacramentos, como aconteció en épocas anteriores.

Un rasgo de la imagen sacerdotal que hoy suscita mucho interés es el de la caridad pastoral, que la Exhortación expone en el n° 23.

Vengo, por ello, a un rasgo que se corre el peligro de atender menos: la radicalidad del Presbítero en el seguimiento de Cristo, expresada en la práctica de los consejos evangélicos de obediencia, castidad y pobreza. «El sacerdote está llamado a vivirlos según el estilo, es

más, según las finalidades y el significado original que nacen de la identidad propia del Presbítero y la expresan» (nº 27).

La práctica de estos consejos tiene una gran incidencia en la imagen del Sacerdote, considerada en su doble faz: interior y exterior. Pero convengamos que no siempre ha sido así. Si antiguamente en los Seminarios se hablaba de obediencia, castidad y pobreza, no siempre se los relacionaba directamente con los consejos evangélicos, como si estos fuesen patrimonio exclusivo de los religiosos y se identificasen con los votos que estos emiten.

Cuestión:

- ¿No habría que hacer un trabajo de aclaración en la línea señalada por la Exhortación? Consejos evangélicos y votos religiosos no se identifican.
- ¿No habría que profundizar en ellos durante los años de Seminario desde la óptica propia del Presbítero?
- ¿No convendría hablar más de la «apostólica vivendi forma» propia de los Presbíteros inspirada en el modelo de Jesús y sus discípulos? ¿Cómo el abandono de todo «por Cristo y por su Evangelio» (Mc 10,29; 8,35) ha de inspirar el estilo de vida sacerdotal?

14. La obediencia:

Es interesante la observación que hace la Exhortación: «sólo el que sabe obedecer en Cristo sabe cómo pedir, según el Evangelio, la obediencia de los demás» (nº 28). Sería interesante reflexionar más a fondo cuanto dice la Exhortación al respecto. Baste decir que es imposible ejercer el sacerdocio como una «radical forma comunitaria» sin espíritu de obediencia. Un sacerdote que no viva en este espíritu, fácilmente tiranizará a su pueblo, imponiéndole sus propias normas, con grave detrimento de la comunión y de la paz.

15. La castidad:

La Exhortación plantea con claridad el significado de la ley eclesiástica del Celibato. «...La decisión multiseccular que la Iglesia de Occidente tomó y sigue manteniendo -a pesar de todas las dificultades y objeciones surgidas a través de los siglos-, de conferir el orden presbiteral sólo a hombres que den pruebas de ser llamados por Dios al don de la castidad en el celibato absoluto y perpetuo» (nº 29). Y más adelante: «Este Sínodo afirma nuevamente y con fuerza cuanto la Iglesia Latina y algunos ritos orientales determinan, a saber, que el sacerdocio se confiera solamente a aquellos hombres que han recibido de Dios el don de la vocación a la castidad célibe» (ib.). La aceptación del celibato es una decisión espiritual anterior a la recepción del Presbiterado. Sigue, sin embargo, presente y actuante el prejuicio de que la Iglesia Latina impone a los sacerdotes el celibato privándolos del derecho a casarse, que es azuzado por los medios de comunicación.

Cuestiones:

- ¿No habrá que hacer una Catequesis amplia al pueblo de Dios sobre el significado del Celibato sacerdotal como opción libre y perpetua del candidato al Presbiterado?
- ¿No convendrá dar a conocer mejor los fundamentos bíblicos en los que se basa la opción de la Iglesia latina de conceder el Presbiterado sólo a hombres que hayan hecho la opción celibataria?
- ¿No habrá que decir con más claridad aún que el candidato no tiene vocación al presbiterado si no tiene vocación al celibato? Y esto, desde antes del ingreso al Seminario y

durante los primeros años del mismo. Persiste todavía el equívoco siguiente: «Yo tengo vocación al Presbiterado, y acepto el Celibato porque la Iglesia me lo impone como condición». Un sujeto que recibiese el Presbiterado con esta disposición, ¿tendría recta intención?

16. La Exhortación, en el cap. I, pinta algunos desafíos que ha de enfrentar la formación sacerdotal que están directamente relacionados con la opción celibataria del joven seminarista. Y señala, entre otros: a «la disgregación de la realidad familiar y el oscurecimiento o tergiversación del verdadero significado de la sexualidad humana» (nº 7), «a la que se priva de su dignidad de servicio a la comunión y a la entrega entre las personas, para quedar reducida simplemente a un bien de consumo» (nº 8); b) «el atractivo de la llamada sociedad de consumo» (ib.); c) «una experiencia desviada de la libertad» (ib.).

Cuestión:

- ¿Cómo se enfrentan en la formación de los seminaristas estos desafíos que en ellos significan heridas espirituales y psicológicas de las que muchos de nosotros no tenemos ni idea? Esta pregunta no niega la obra maravillosa de Dios, pues no son pocos los jóvenes candidatos al Sacerdocio que en medio de un mundo adverso permanecen vírgenes.

17. El Sacerdote se enfrenta hoy a realidades que también, directa o indirectamente, lo interpelan en su celibato. Entre otras, señalo dos.

Primero, una realidad nueva: el Diácono Permanente Casado. Este verdadero don de Dios a la Iglesia de estos finales del siglo XX, corre el peligro de verse desvirtuado si el Presbítero no es educado desde el Seminario a compartir responsabilidades con sus Diáconos casados, o si se arroga el derecho de prescindir de los que encuentre en su Comunidad.

Cuestión:

- La experiencia de estos treinta años desde la restauración del Diaconado permanente concedido a hombres casados,

18. Segundo, una realidad antigua fundamental, pero que tiene una presencia nueva en el mundo de hoy: la mujer. No cabe duda que el feminismo, entendido como presencia más plena de la mujer en la vida social, acorde con su ser específico, es un don de Dios al Mundo y a la Iglesia. Y, consecuentemente, al varón y al Sacerdote. El feminismo auténtico cuestiona al varón y le reclama serlo más plenamente. Igualmente, al Sacerdote célibe, a quien le exige crecer en su consagración.

Cuestión:

- En la formación de los futuros Sacerdotes ¿se es consciente de la realidad del feminismo? ¿Cómo se lo asume? ¿Cómo el sacerdote lo integra a su vida?

19. La simple comparación con el punto anterior, la obediencia, muestra que la castidad como elemento distintivo de la imagen sacerdotal es hoy un elemento crucial. La Iglesia latina hace bien en reafirmar su opción por el sacerdocio celibatario. Pero se equivocaría gravemente si no ayudase a los Sacerdotes a implementar un estilo de vida que haga de la castidad una virtud alegre y relativamente fácil.

## 20. La pobreza:

Es innegable que en la Iglesia contemporánea se ha crecido muchísimo en esta virtud evangélica. Y, en especial, en el clero. La Exhortación señala que «la conciencia de pertenecer al único presbiterio lo llevará (al Sacerdote) a comprometerse para favorecer una distribución más justa de los bienes entre los hermanos, así como un cierto uso en común de los bienes» (nº 31). Pero no pocos interrogantes hay al respecto.

### Cuestiones:

- ¿Los Seminarios preparan a los candidatos para una elemental administración de los bienes materiales, tanto de los propios, cuando de los de la comunidad cristiana? ¿Conocen los seminaristas las normas jurídicas y económicas propias de su país que deberán respetar en este rubro? Igualmente, ¿las normas diocesanas y nacionales al respecto?
- ¿Las Iglesias particulares tienen disposiciones para la justa remuneración del clero? ¿Éste no sufre, a veces, de penuria económica?
- ¿El pueblo de Dios es debidamente catequizado en lo que respecta al sostenimiento del culto, y por tanto de sus ministros? Sospecho, con fundamento, que Iglesias enteras, que podrían autosustentarse, viven en penitencia económica, a veces grave, en especial sus Sacerdotes. La solución es posible si los Obispos asumiesen como cuerpo el estudio de la problemática mencionada.

## VI. Vida Fraterna

21. Un rasgo importante de la imagen sacerdotal son los «vínculos particulares de caridad apostólica y de fraternidad» (nº 17) del Presbítero con sus demás hermanos Sacerdotes. Pero, ¿se trata sólo de un espíritu? ¿No ha de tener esto concreciones prácticas que expresen y acrecienten ese espíritu? Así como los consejos evangélicos han sido identificados equivocadamente con los votos religiosos, ¿no aconteció la misma confusión entre vida común del clero y vida religiosa? Y, por tanto, a veces se rechaza la vida común como una propiedad de la vida sacerdotal. Cuanto más sería un rasgo optativo. De allí que no siempre los seminaristas son preparados para convivir mañana con otros sacerdotes. Ni siempre los Curas párrocos saben acoger cordialmente a los Presbíteros colaboradores suyos y ofrecerles un espacio y clima fraterno. Ni los Presbíteros de una misma Parroquia saben siempre organizar su vida común para orar juntos en algún momento del día, compartir la misma mesa, llevar adelante el diálogo pastoral y realizar en conjunto las tareas que la misión común les exige.

Tal situación no pareciera acorde con la imagen que surge de los apóstoles en torno a Jesús. Él no sólo eligió a Doce individuos, sino que con ellos formó el grupo o hermandad de los Doce, los nuevos patriarcas para gobernar a las Doce tribus del Nuevo Israel de Dios, que es la Iglesia.

Me pareciera que la colegialidad de los Doce Apóstoles, que en el Concilio llevó a redescubrir la Colegialidad episcopal, está llamada hoy a inspirar modos de vida fraterna entre el Obispo y sus Presbíteros, y entre ellos mismos.

Una lectura atenta del Nuevo Testamento puede aportar muchos más datos, que sean inspiradores de una vida sacerdotal más fraterna. No es un dato matemático el hecho que

Jesús enviase a sus apóstoles de a dos (ver Mt 21,1; Mc 6,7; 11,1; 14,13; Lc 10,1; 19,29; 24,13). O que Pedro fuese junto con Juan (ver Hch 3,1.3.11; 4,13.19; 8,14), o que Bernabé fuese junto con Pablo (ver Hch 11,25.30; 12,25; 13,2), o que Pablo fuese con Silas (ver Hch 15,25.40), o con Timoteo (ver Hch 20,4; Rm 16,21; 1Co 4,17), o con Tito (ver Ga 2,1.3; 2Co 2,13; 7,6). Ciertamente que el compañerismo de los Apóstoles, que los impulsaba a vivir y a trabajar en equipo, es un dato teológico, que el mismo Jesús se encargó de explicar: «Donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos» (Mt 18,20).

## RECENSIONES

---

### “EN EL NOMBRE DE JESUS”

Un nuevo modelo de responsable de la comunidad cristiana

Henri J. M. Nouwen. P.P.C. (Colección Sauce). Madrid. 1994

El autor es sacerdote holandés y conocido escritor de espiritualidad; entre otros: El camino del corazón; Encontrar en Él la vida; Intimidad, en nuestras relaciones con Dios y con el prójimo; Abriéndonos; etc. Después de veinte años en el mundo de la enseñanza, como profesor de psicología pastoral, de teología pastoral y de espiritualidad cristiana, deja la Universidad de Harvard, «que representaba la elite y el éxito, con aspiración a dirigir el mundo», y pasa a vivir y ejercer su ministerio sacerdotal en Daybreak (Toronto, Canadá), en una de las comunidades de El Arca para disminuidos psíquicos, pasa «al reducto de hombres y mujeres que casi no tienen palabras y que están considerados al margen de las aspiraciones de nuestra sociedad».

Invitado a hablar sobre el liderazgo cristiano en el próximo siglo, este libro es fruto de esas conferencias dadas a sacerdotes y a personas dedicadas al servicio ministerial.

En él, el autor, desde sus múltiples y variadas experiencias de vida, y con su habitual claridad, profundidad y actualidad, expone líneas concretas e iluminadoras para la formación, y renovación, de la vida ministerial de sacerdotes llamados por el Señor a conducir comunidades, y que ejercen su ministerio en diversas y contradictorias realidades del mundo de hoy.

Lo hace siguiendo el hilo de dos relatos evangélicos: el de las tentaciones de Jesús en el desierto y el de la llamada de Jesús a Pedro a ser el pastor de su rebaño.

De este binomio, «tentación de - llamada a», surgen los tres capítulos del libro:

I Del sentirse importante a la oración,

II De la popularidad al servicio ministerial,

III Del guiar al ser guiado.

El autor concluye diciendo que lo dicho no es evidentemente nada nuevo, pero espera y pide a Dios que hayamos comprendido que la visión más antigua y tradicional del líder cristiano aspira a realizarse en el futuro.

Es de considerar este libro un modesto, pero valioso, aporte para los que estamos llamados a pastorear «en el nombre de Jesús».

Pbro. Juan Pablo Contepomi

Diócesis de San Isidro